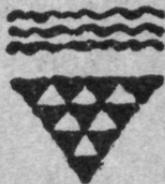


MIGUEL SARMIENTO

LO QUE FUÍ



92

LAS PALMAS

Imprenta "ISLAS"

1927

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

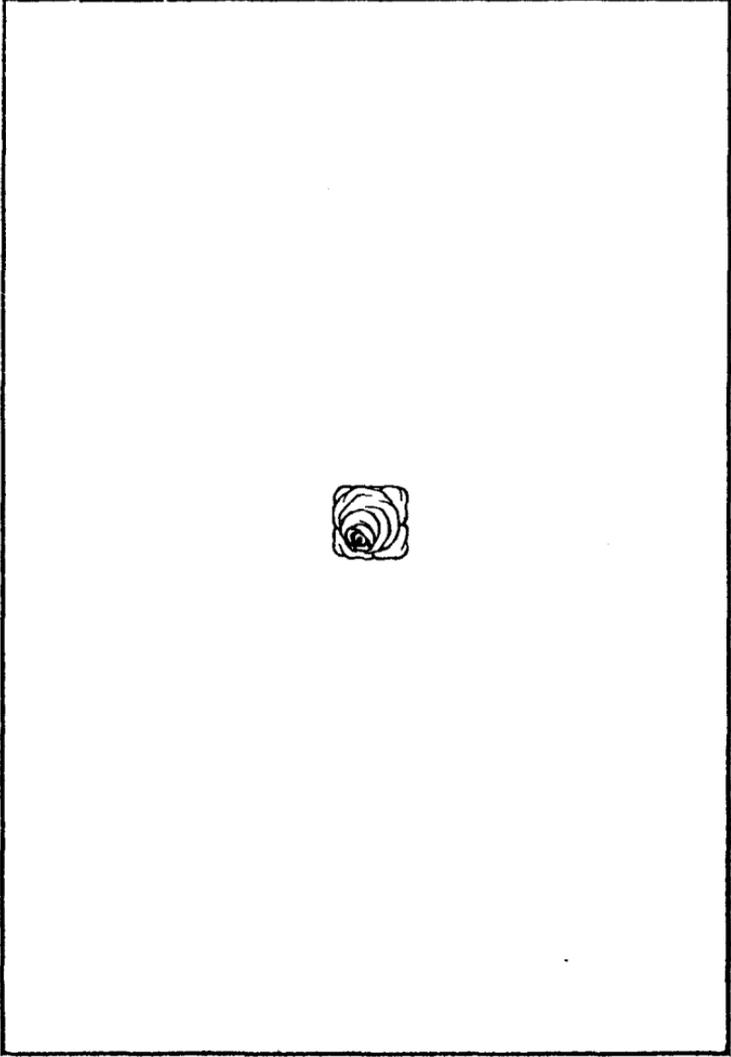
**BIBLIOTECA
SAULO TORON**



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	<u>489023</u>
N.º Copia	<u>489026</u>

Handwritten signature or scribble in the top left corner.

LO QUE FUÍ



MIGUEL SARMIENTO

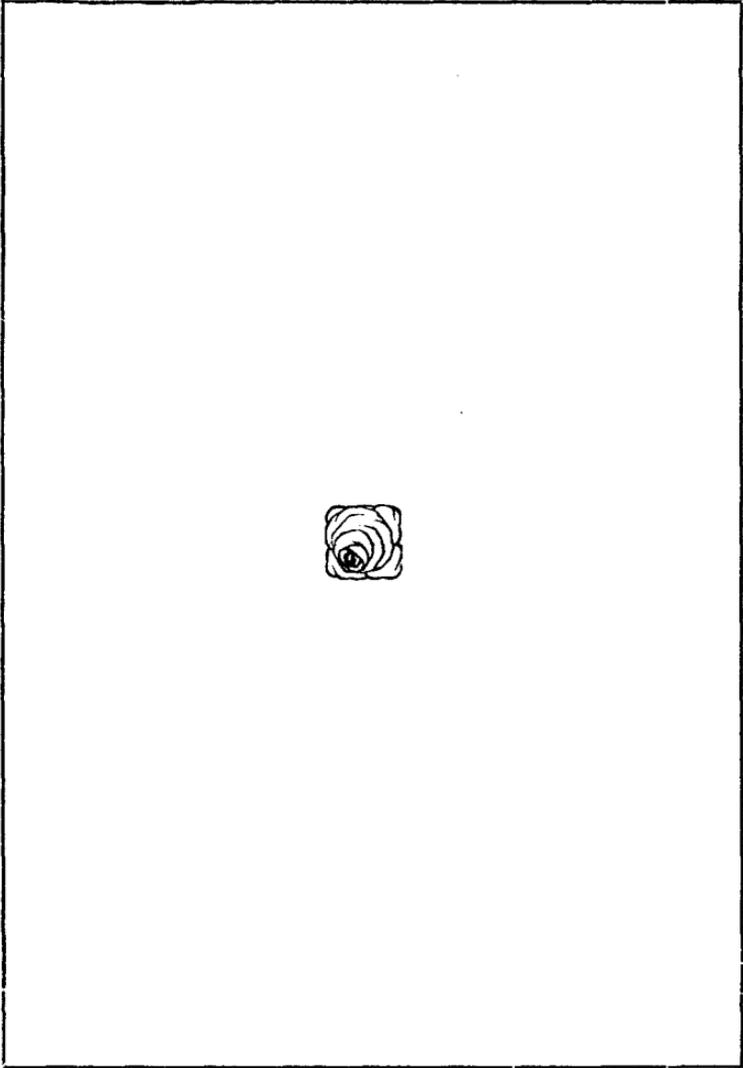
LO QUE FUÍ

RECUERDOS
DE MIS PRIMEROS AÑOS



LAS PALMAS

1927



ENVÍO

Sr. D. Miguel Sarmiento

Mi dulce amigo: Con emoción—que es la eficacia suprema del Arte—leo sus artículos LO QUE FUI. El que acabo de leer, ha nublado mis ojos con un velo de lloro. Continúe escribiendo, en la seguridad de que le acompañará infatigablemente la muda simpatía de ese pobre soñador que siente vibrar en sus escritos alguna cuerda interior de sí mismo.

*Agnosco veteris vestigia flammæ...
que decía el dulcísimo Virgilio.*

Affmo. y s. s. y amigo.

Lorenzo Riber, Pbro.

Mestre en Gay Saber.



ADVERTENCIA

COMIENZO a publicar hoy los recuerdos e impresiones de un hombre que pasó ignorado por la vida. Es ya antiguo en Literatura atribuir a personajes imaginarios lo que no osamos a decir por cuenta propia. Declaro que no me seduce tal procedimiento. Aparte de su vulgaridad, revela cierta hipocresía. A fuerza de manoseada esa forma literaria tiene ya un valor sobrentendido. Y quien recurre a ella busca, antes que pintar francamente sus vicios y errores, ostentar sus virtudes y aciertos bajo modestia simulada.

¿Por qué, entonces, recurro a esa forma? Sencillamente porque, en esta ocasión, es auténtica. Por grandes que sean mis escrúpulos, no me perdonaría jamás el haber profanado el lenguaje de quien, sin pensar en el público, escribió con espíritu sincero y efusivo. Me anima, sobre todo, la esperanza de que el aura de verdad que se desprende

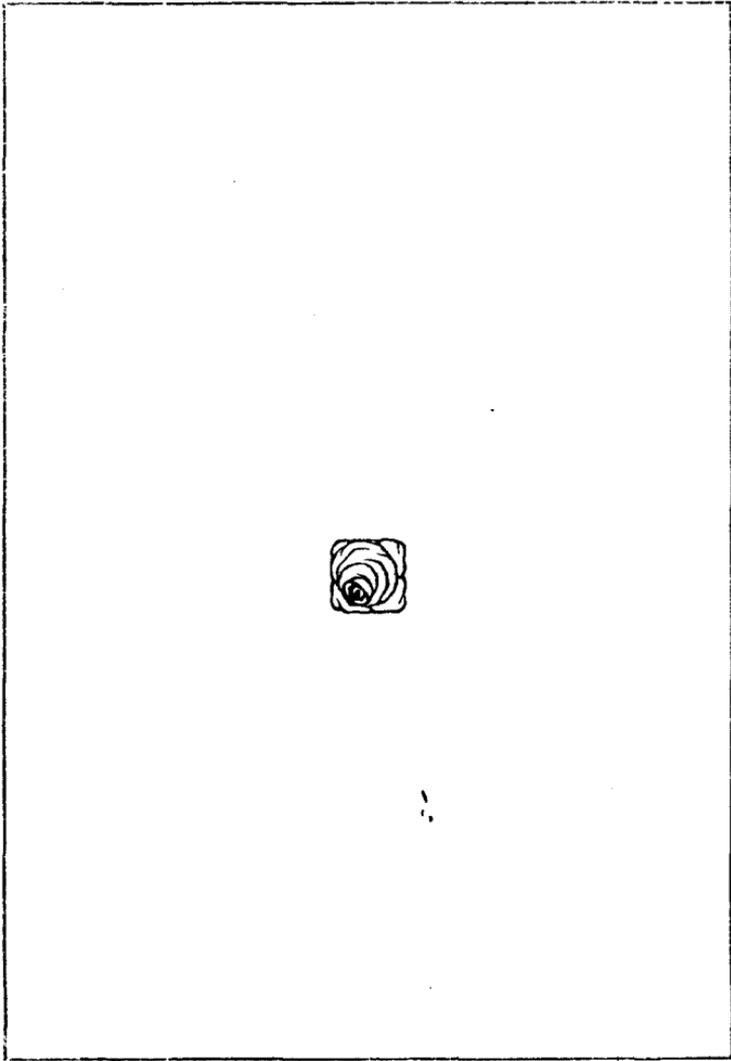
de estas memorias disipará en los lectores la sospecha de que intento engañarle.

En realidad, no son unas memorias y menos una biografía. Estas páginas sólo encierran los recuerdos amalgamados de una alma vacilante y dispersa que cruzó por el mundo con honda nostalgia de ser lo que no fué. En algunos de estos capítulos late la trágica desesperación del hombre que pasó la mayor parte de su existencia a solas consigo mismo, en lucha silenciosa entre la voluntad indecisa y el concepto diáfano de lo que debió hacer y no hizo. Este combate perpetuado y renovado en tantas almas, es, quizá, lo más dramático del arte y de la vida.

No amó la gloria, ni siquiera a la hermana menor de ésta, la fama. Si alguna afición les tuvo, fué pasajera, disipada en breve por la reflexión y el desencanto. El arte le fué tesoro de consuelos inagotables, amigo fiel que le alentó en las horas de renunciamento, y que le acompañó en sus largas contemplaciones, cuando su espíritu, entristecido más que triste, sentía, ante el cielo, el mar o el campo,—sus tres grandes amores—

ansias vehementes de fundirse en todas las cosas bellas, incapaces de imaginar, de sufrir.

«Cuando pequeños—escribe a quien dedica su manuscrito—mis hermanos y yo jugábamos con un retrato arrinconado en los desvanes de casa. Era una pintura pésima, trasunto de alguien de nuestra familia, de quien nadie, ni mis padres, conservaba memoria. El recuerdo de aquel retrato, que acabó en techumbre de gallinero, ha mantenido vivo en mí ese pudor que hace desear un desaparecer rápido y sin huellas. Quema estas cuartillas. Yo las escribí para advertencia tuya, si es que los consejos ajenos poseen alguna eficacia. Sólo pido en premio a mi buen propósito, que las manos que las enciendan tiemblen con alguna emoción al destruirlas. Y esas manos han de ser las tuyas. Las de tus hijos serían ya indiferentes».



PRIMEROS RECUERDOS

NACT en tierras lejanas a orillas de un mar bravo, siempre turbulento. Tras de mi casa se extendía una playa de cascajo, larga y estrecha, donde los mares y las piedras tronaban noche y día. En las grandes mareas, el mar reventaba en el muro de abrigo, y se derramaba, por debajo de nuestras puertas, hasta el patio delantero, poblado de flores. Guardo de la casa en que nací, un recuerdo vago, como la impresión de un sueño, que no acertaría a explicar. Las ventanas del corredor se abrían a la marina, y por ellas entraba la luz del sol al nacer y el olor de las algas traídas por las olas.

¿Cuáles fueron las primeras impresiones que la vida grabó en mí? A menudo trato de precisar mis primeros recuerdos, y siempre, por más esfuerzos que hago, mis recuerdos son tres: un banquillo desvencijado que yo transformaba, imaginariamente, en casa de mis muñecos, la mesa del comedor

cubierta de vajilla rota por el cielo raso desprendido una noche de temporal; y una de las ventanas de la marina por donde penetraba el botalón de un barco de vela construido a espalda de casa. Más allá de estas primeras impresiones no hay más que como una sospecha, el sonido de una campanilla que a veces, a la voz de otras campanas, creo reconocer sin recordar la ocasión ni el sitio en que la oí. En esa barrera se detiene mi memoria cuando, por temor a lo futuro, me esfuerzo en ampliar, con mis recuerdos la vida hacia el pasado...

Desde muy niño amé la contemplación y la soledad. Los que nacen y se crían junto a estos mares azules y dormidos, entre tierras próximas, no pueden imaginarse la melancolía de aquellas islas. En el gran mar, alumbrado por las estrellas de dos hemisferios, el aislamiento trae consigo la espera, y la espera inclina el ánimo a la contemplación. Desde los terrados, desde las ventanas y desde las playas, los ojos aguardan los buques que traen las noticias del mundo. Cansada de esperar, la vista reposa a veces, en un matiz de las olas, en un monte lejano, o

en una nube que pasa. Y así, esperando, se vuelve uno contemplativo.

• Aquellas esperas se prolongaban entonces mucho más que ahora. De tarde en tarde, recalaba un vapor que venía de la Península, o un paquete inglés que iba camino de Africa. El resto de nuestro tráfico marítimo lo sostenían las islas con sus veleros: la *Estrella*, que traía y llevaba a Santa Cruz la correspondencia; el *Triunfo*, el *Gran Canaria*, los «bricks» que partían abarrotados de campesinos y cebollas con rumbo a Cuba; y los pailebots costeros que se columpiaban fondeados ante la ciudad, al volver de las pesquerías de Cabo Juby, interrumpidas frecuentemente por los temporales o por los asaltos de los moros ladrones. Y fuera de estos viajes, la vida monótona; el horizonte desierto; los paseos provincianos, a fecha fija; las tertulias caseras; la luna blanca, derramada en la cal de los terrados y en los ángulos de las calles sin luz; la tristeza de los domingos con las muchachitas aburridas, de codos en el balcón; los grandes pleamares que envolvían en espuma el muelle quebrantado por la resaca; y

el bramido de las olas al fondo de los callejones de Triana y Vegueta, aquel rodar tenaz de piedras y agua que ha dejado en el cerebro de todos nosotros algo así como el zumbido perenne de una concha marina.

JUGUETES

Mi primer juguete fué una escobilla de albear. Los inventores y fabricantes de juguetes malgastan el tiempo en reproducir los seres y objetos reales. Los niños admiran esas copias exactas; pero sus juguetes preferidos no son los mejor imitados. Lo que más les seduce no es la fidelidad de la imitación sino la mayor colaboración de su fantasía en construir o imaginar los juguetes a su antojo. Por eso columpian con más ilusión un leño trajeado de bebé que una muñeca de resorte. A la muñeca de resorte, perfecta en su mecanismo y fisonomía, hay que verla tal como el inventor la construyó. En el leño informe ve el niño la muñeca que más le gusta. Pugilato eterno, irresoluble de la ilusión y la verdad.

Era mi primer juguete una escobilla de palmito, elaborada a mano. Con un trapo al extremo del mango, a modo de pañuelo, y un retazo azul por saya, se conquistó mi

simpatía. Desdeñábanla mis hermanos, y solo con grandes restricciones—como criada casi siempre—permitíanle alternar con sus muñecas. Aquel desprecio me hería en lo más vivo y era causa de frecuentes peloterías entre nosotros. Yo comprendía el orgullo de las muñecas de porcelana y serrín. Lo que no toleraba era el desvío de otra casta de muñecas con las que mis hermanos jugaban a «paseos de la Alameda»—unos palitroques sin piernas ni brazos, forrados de seda o de terciopelo, y embutidos en bobinas de carrete. Más de una vez, ofendida en su dignidad de escoba, barrió mi muñeca a semejante chusma. Mi benevolencia y mi respeto eran para las muñecas «de pisa»; figulinas frágiles, de carrillos bermejos, que perecían de la misma muerte, y que nos inspiraban—por eso, por estrellarse todas en el suelo—el amor que despiertan los niños predeterminados a sucumbir temprano.

¡Horas alegres, al volver de clase; mañanas de los domingos, en la paz de mi casa, en el rincón destinado a todos aquellos seres a los que nuestra inocencia concedía palabra y movimiento! ¡Quién pudiera re-

cuperar, para otros fines, aquella absorción absoluta del espíritu! ¡Ni tedio ni fatiga, ni introspección irónica de mis propios actos! Mi alma no se había desdoblado todavía; aún no se había echado fuera de mí ese otro yo que nos acompaña a todas partes burlándose y haciéndonos dudar de nosotros mismos. Imaginación y voluntad eran entonces, una sola llama.

Pasé por todas las fases que atraviesa el niño en sus juegos. Fuí general de ejércitos imaginarios, y atroné la casa a tiros y voces. Me creí director de orquesta, y, con un periódico colgado del respaldo de una silla, amenicé las labores de mi madre. Soplóme la racha mística, y, revestido de casullas de papel, ante un altar que se incendió mil veces, me desgañité cantando tedeums y responsos. Me tuve por volatinero, y, por milagro, no me abrí la sesera a brincos y equilibrios sobre una silla. Una afición persistió en mí: la del mar. ¡Oh, alegría del primer barco! Mi padre me obligaba a comer, aunque fuera muy poco, de las viandas que me repugnaban. Tenía yo en aquellos años, aversión horrible a los fideos. Era un odio a

muerte que me indisponía con las domésticas en cuanto menudeaban el plato aborrecido. Un día, mi padre me cogió de la mano y me dijo, encaminándome a la mesa:—No, no, fideos habemos...

Y en vez de la sopa abominada me encontré sobre el plato un balandro, en miniatura, tallado en cedro. Me volví loco. Muchos meses, día y noche, aun dormido no me aparté de mi barco. En él, en sueños realicé mis primeros viajes; él hincó en mi alma este desasosiego, esta vehemencia de andar y andar que me empuja hacia todos los buques y a todos los trenes a punto de partir...

Cuando llegaron tiempos mejores para mi familia, el médico me recetó paseos por el campo y mi padre me compró un borriquillo peludo como un perro de agua. Tenía aquel borriquillo un hondo y fijo mirar de niño desconsolado, la mansedumbre de los animales que, por ser muy jóvenes, toman todo a broma. En *Cenizo*, y sujeto con correas a la silla, hice yo mis primeras excursiones, acompañado de un criado que a estas horas, con reuma y canas, se bate a bor-

do de un crucero inglés. A Antonio le debo las primeras lecciones de energía que contrarrestaron la pusilanimidad de mi educación casera. Montado en las ancas de *Cenizo* me enseñó a resistir serenamente al miedo, en largas trotadas por la carretera de Taira, al márgen de las acequias en cuya corriente bailoteaba la luna, camino de la ciudad que se iluminaba en la noche, en el borde de la costa.

Mi campaña ecuestre fué muy breve. Uno de mis hermanos y Antonio se empeñaron en convertir a *Cenizo* en notabilidad de circo. El asno todo mansedumbre, aprendió a cocear furiosamente; y mis padres lo reemplazaron con un cordero que se pasó la vida en un estornudo, y con una jaira blanca que se murió un anochecer, en un rincón del patio, con manso y lento balido, al compás de la luz...



LOS SUEÑOS

DE niño sufrí la angustia y el horror de sueños frecuentes. Mis sueños no eran jamás obra del miedo sentido en la vigilia. Yo, en realidad, no tuve miedo nunca. El miedo es el susto por algo impreciso, que nos amenaza. Lo engendra casi siempre el desamparo, la soledad. Y yo pasé tranquilo muchas horas de soledad y silencio en aquellas azoteas bañadas en sol y en aquellos patios traseros en que la carbonera parecía un antro y en que el pozo del agua era no sé que temible y con vida que vigilaba muy hondo. Mis sueños—aquellos sueños que me dejaban rendido como en una convalecencia, o como si hubiese rodado toda la noche por las montañas—provenían del temor, de algo concreto, de seres y acciones que la imaginación me representaba al detalle en el cerebro, y que mis ojos, al despertar, veían claramente fuera de mí. Tenía yo la cama en la habitación de mis padres.

Por entre la barandilla de hierro enfilaba las puertas abiertas de las alcobas sucesivas donde dormían mis hermanos. En una de esas puertas, sobre una silla, ardía hasta el amanecer una lámpara de aceite. Pendido del dintel de aquella puerta vi muchas noches a un ahorcado. Le veía inmóvil y le veía agitándose, como en los espasmos de la agonía, al oscilar de la luz. Otras veces era un negrazo que fumaba tranquilamente sentado a mi vera; otras, una manada de lobos hambrientos que rodeaban y olfateaban mi cama. Mientras fui niño, grité y me refugié junto a mis padres. Más cuando las burlas de mis hermanos hirieron mi amor propio, resistí heroicamente mis pesadillas sin abandonar mi cama ni pedir auxilio. Y yo nunca acertaría a explicar aquella congoja, aquella lucha terrible entre el deseo de apelonarme y esconderme debajo de la sábana, y la necesidad de no perder de vista—con un solo ojo en los momentos de pavor—a los lobos, al negro o al ahorcado.

Así pasaba horas y horas sin dormirme, ni pestañear, con la mirada alerta, con el

cuerpo humedecido en sudores copiosos, y el corazón disparado con el ansia loca de ver lucir el día. ¡Pobre ciego que anhelas la luz: yo sé tu dolor! ¡Pobre enfermo que aguardas la mañana; yo sé tu impaciencia! Al fin, en las ranuras de las maderas brillaba ténue, la aurora; chisporroteaba y se extinguía la lámpara de aceite, y mi cuerpo vencido de insomnio, y mi alma trémula de tanto sufrir caían en un sueño profundo. ¡Y yo era niño, y mi vida era pura, y en mi cabecera, en un marco ovalado, había un Ángel de la Guarda! ¿Por qué, entonces, los malos sueños? ¿por qué?

En casa atribuían mis pesadillas al miedo y procuraban desvanecérmelo o evitármelo. Las criadas—aquellas mujercitas que venían llenas de supersticiones de las tierras yermas del Hierro o Fuerteventura—interrumpían sus cuentos medrosos, al aproximarme yo. Algunas noches, mi padre me llevaba de la mano el extremo del jardín, sumido en tinieblas, juntos explorábamos los rincones más hoscos «¿Ves?—me decía—no hay nadie». Y de regreso en el comedor, me ordenaba que volviera a donde había-

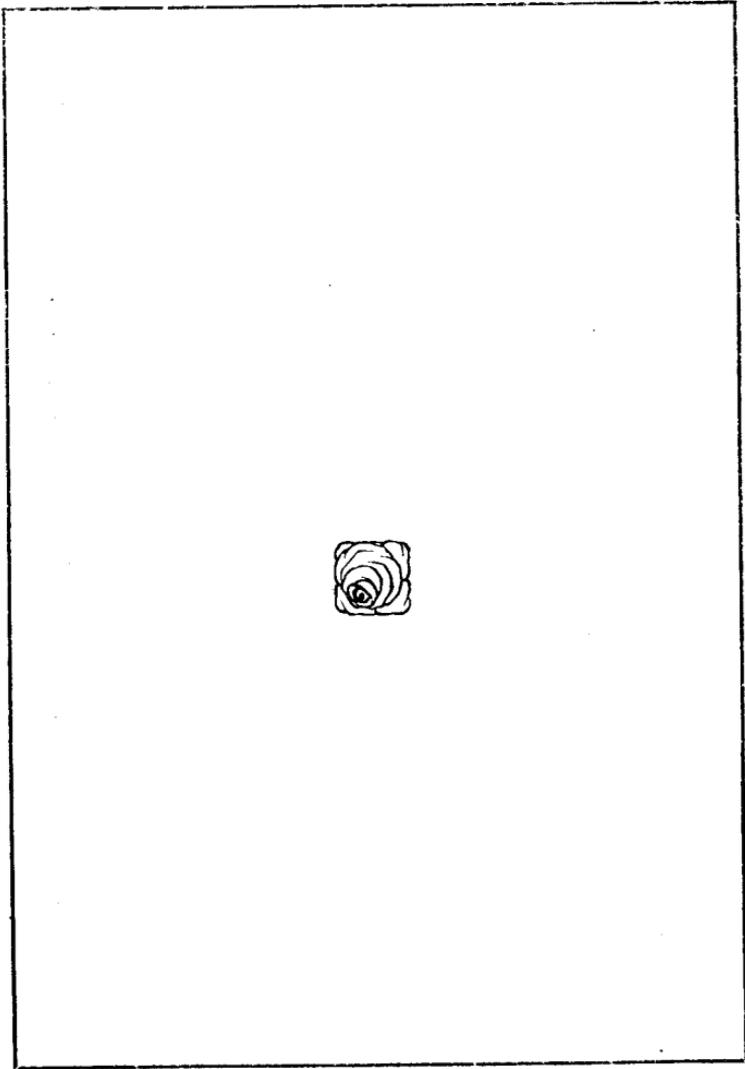
mos ido. Y yo tornaba serenamente, y hasta me detenía a mirar las estrellas a través de la fronda, y a escuchar el susurro de los maizales mecidos por el viento, en un gran cercado, al pié del jardín.

¡Oh, no! Mis pesadillas tenían otras causas que nunca averigué. En ellas, como he dicho, no intervenían para nada las brujas, ni la obscuridad, ni el misterio. Eran completamente ajenas a los episodios de mi existencia vulgar; algo incorporado a mis células o a mi espíritu y que se despertaba, desde muy lejos, en mi subconciencia... ¡que sé yo!

Una noche dejé, súbitamente, de soñar, tal vez porque, para ventura o desdicha mía, comencé a soñar despierto.

Desde entonces, mientras fui niño, los sueños no volvieron a desvelarme. Muchos años después tuve un sueño, el único sueño que aun ahora, de cuando en cuando, puebla mi fantasía, al dormirme. Soñé y sueño que vuelo. Mis aventuras aéreas empiezan siempre de la misma manera, agito muy deprisa los brazos, los pliego después al cuerpo, y doy un brinco descomunal. Cada vez

más rápidos y grandes, mis saltos se convierten en un vuelo ondulante, como el de los pájaros que al hender el aire se trueca alternativamente en flecha y abanico.. Es una impresión grotesca, deliciosa y triste. Mi ser se desdobra, y yo mismo presencio, entre la multitud regocijada, mi propio vuelo. Es un volar de anfibio, de pobre ser que con cierta habilidad para vivir en todos los elementos, no acaba de vivir bien en ninguna parte.



INTERIOR

Mi padre fué marino. Navegó por Oriente, de Calcutta a Manila y de Manila a Hong-Kong. Aun recuerdo haber contemplado en casa dos cuadros en que mi padre reprodujera, la fragata inglesa *Ariosto* que él capitaneara en su viaje a la China. En ambos cuadros aparecía el buque corriendo un tifón deshecho, con las velas desgarradas y la obra muerta rota, frente al cabo Buena Esperanza, años antes de abrirse al tráfico del mundo, el canal de Suez. En las dos pinturas se leía la fecha y el lugar del temporal en caracteres cuya corrección y pulcritud ha heredado mi pluma, en parte. Mirando sus obras, mi padre solía repetir, solicitado por nuestras preguntas:

¡Aquel día vi la muerte muy de cercal
Y nosotros, orgullosos de la aventura
de mi padre, se la explicábamos a nuestros
amiguitos, admirados ante la *Ariosto*.

De Oriente trajo mi padre una modesta

fortuna y unas cajas de alcanforero, llenas de pañolones de manila y de «bibelots» y de otros objetos admirablemente labrados, en marfil, por artistas chinos. Persiste en mí el recuerdo y la alegría de aquel tesoro que mi madre nos mostraba en recompensa de nuestra buena conducta: tarjeteros transparentes como encaje, pañolones cuajados de flores y pájaros maravillosos, joyeros dentro de los cuales brillaban, como escrupulillos de cascabel, Budhas en miniatura de facha grotesca, que nos inspiraban risa y temor; bibelots y pañolones se conservan aún en poder nuestro. En cuanto a la fortuna, se malogró bien pronto en manos de un tío y un sobrino de mi padre a quien éste quiso proteger asociándolos en una empresa comercial. Mis padres aceptaron la desgracia heroicamente, sin una protesta, sin una reprimenda. Mi padre buscó y obtuvo un empleo y mi madre, con mis hermanos y una sola criada se clausuró en casa, a llevar vida modesta, reunidos siempre en intimidad que fué entonces nuestro único consuelo y que, andando los años, hizo más dolorosa la dispersión inevitable de la familia. En

aquellos meses tristes nació yo, con crisis nerviosas que ahora, al acabar mi juventud, renacen.

Me crié enfermizo; la ruina de mi padre, influyó indudablemente en mi naturaleza física y moral. Desde entonces vivió mi madre en sobresalto perpetuo por nuestra salud. Éramos para ella y mi padre la ilusión última y suprema: si la muerte les reservaba algún nuevo dolor, en nadie más que en nosotros había de herirles. Por eso nos miraron.

En el clima benigno de las islas, nuestra madre nos defendió bravamente contra el peligro de las enfermedades y de los juegos de la niñez. Pasó muchos años sin pisar la calle por no fiarnos en su ausencia a los cuidados ajenos. Provista de las obras de Raspaille y de un botiquín, a base de alcanfor, azufre y árnica, pasó horas junto a nosotros, a nuestra primera tos o a nuestra primera inquietud nocturna. Aun vive la buena viejecita, y aun en nuestras cartas tardías van y vienen bromas acerca de Raspaille y del botiquín famoso. Yo que era el más enfermo, y por eso el más mimado de casa, abu-

sé de aquella abnegación y ternura. Mas de una noche exageré la garraspera de mis constipados por el placer de que mi madre me cuidara. No me perdono aquel egoísmo, y, no obstante hay en esa pesadumbre mía algo que no es absolutamente sincero. El roce de aquellas manos cariñosas dejó como un halago de alas amigas. Alas amigas que entreveo en horas de insomnio, en la desolación de los cuartos de alquiler cuando la mirada se convierte hacia el equipaje familiar, único vínculo y única sugestión posible de tantas cosas lejanas ¿Como arrepentirme?

Entre mis hermanos no hubo nunca jerarquías. El ser mayores en edad no nos otorgaba poder alguno. La sola autoridad apelable en mi casa era mi madre, francamente benévola, y la de mi padre, muy tolerable a pesar de su enérgico verbo marino. Para eludir los castigos que mi madre me imponía usaba yo un procedimiento infalible: el del endoso. Cuando tuve amigos y empecé a salir de casa, mi madre intentó penar mis faltas recluyéndome los días de asueto. A las quejas de mis hermanos, me advertía mi madre:

¡Nonó, el domingo no saldrás!

Pero venía el domingo, y con mis argucias lograba remitir el castigo al domingo siguiente. Mal procedimiento, sí. ¡Oh, la viejecita inagotablemente buena, buena! Toda su ciencia pedagógica estribaba en querernos y perdonarnos. En el fondo ¿qué podía hacer la pobre? Tantas eran mis travesuras y tantas las reclusiones que éstas me acarrearán que me hubiera sido necesario vivir más que Matusalem para cumplirlas. A ser esto posible mi madre hubiera sido inexorable de seguro.

Crecí y me eduqué entre mis hermanos. Mi hermano mayor se pasaba el día en el colegio y las veladas en casa embelesado en escribir y estudiar. A juzgar por mis recuerdos y por lo que cuentan, debí de ser una calamidad. No tomaba en serio los juegos de mis hermanas: interrumpía las conversaciones que éstas sostenían en visita con sus muñecas; me empeñaba en sentarme donde más estorbaba; al jugar «a familia» me resistía a probar los guisos y formaba rancho aparte por el más leve disgusto. Cuando recuerdo y pienso en el amor que todos me tienen,

siento una antipatía contra mi mismo. Me pegaría.

Poco a poco me fuí quedando solo en mis juegos. Mis hermanos tuvieron que ir a la escuela. Yo siempre enfermizo, me quedé en casa. Entonces empezó mi vida vagabunda por patios y azoteas; entonces aprendí como vivían las hormigas, como vuelan los pájaros, como andaba la luz y la sombra sobre la cal de los muros; entonces aprendí el arte muy difícil de dibujar con saliva en el suelo...

LA ESCUELA

NO guardo ningún recuerdo agradable de mis escuelas y colegios. Cuando pienso en ellos, me indigno. ¡Lo que hicieron de mí! En esa evocación lúgubre y rencorosa —rencorosa, la verdad—¿qué significan la benevolencia intermitente y el interés fugitivo de algunos maestros que adivinaron y no pudieron, o no quisieron, valerse de los resortes de mi carácter? Era yo dócil a la persuasión, inclinado a los trabajos que exigieran iniciativa propia, y muy a propósito para los estudios con quien aventajándome en años y ciencias hubiese acertado a ser mi compañero, mi amigo. Yo no encontré al maestro ideal que enseña «cómo» se aprende y no «lo» que cualquier obra nos descubre sin intervención de nadie. Sólo dí con el programa intangible, con la obsesión de la nota y del título oficial, con el concepto del alumno adorno de las grandes para

das y recluta en miniatura de batallones infantiles. ¡Qué cosas!

Me rebelé, desde el primer día, contra la palmeta, la crueldad del saber pedante de los profesores que no admiten réplica ni comentario, y la disciplina bárbara que exige a los niños la quietud, la atención y el esfuerzo de las personas sesudas. Odié la escuela, renuncié para siempre, a eso que, en nuestros elogios y familias se llama portarse bien. Mi alma salvaje se volvió, toda ímpetu y nostalgia, hacia mi vida errabunda, hacia aquellas mañanas de silencio y soledad en las que «aspiré» contemplando el mar y las nubes lo más noble, lo más fecundo, lo más «mio» que llevo dentro. Tal decepción me produjo la escuela, que aun hoy, cuando paso frente a esos locales—en los que perdura la rutina bajo la parodia de los métodos nuevos—me dan tentaciones de abrir las puertas y echar a los muchachos a la calle, a jugar, a correr. Y hasta concibo la solución de aquel pobre loco que compraba jaulas persuadido de que cada jaula vacía era la libertad de un pájaro.

.

Una noche se planteó en casa, la cuestión de si yo debía o no, comenzar a estudiar. Entre catarros, convalecencias y «ya hablaremos» había yo cumplido ocho años sin saber leer. Algo por amor propio y mucho por la novedad, abogué resuelto, en favor de mi cultura. La escuela me significaba tener amigos, pasearme diariariamente, y gozar, en casa de cierta consideración, que se traducía en bien de mis hermanos mayores con estas o parecidas disculpas: «¡Si se ha pasado todo el día con los libros!» «¡Si acaba de llegar de clase!»

El primer día que asistí a la escuela hubo gran emoción en casa. Me levanté más temprano que de costumbre; me sirvieron de plus, en el almuerzo, un huevo frito; y me puse mi traje a la marinera y mis zapatos de charol, muy lustrosos, muy agudos de punta, y horriblemente estrechos—era el figurín.—Mi madre de quien no me había separado hasta entonces, me colgó del cuello una bolsita de alcanfor contra los constipados y me despidió llorosa. Mis hermanas muy satisfechas de llevarme consigo, me indicaron lo más notable que encontra-

mos al paso: la casa de la «Porra» una vieja que echaba agua a los chicos que iban a gritarle al zaguán; un loro embalsamado en una abacería, y unas aleluyas macilentas de sol, colgadas en un escaparate, refugio y tumba de mil moscas.

Causé muy buen efecto entre mis discípulos. La maestra doña Rita, me pasó la mano por el cabello y un alumno, admirado de mi porte, me regaló un trozo de regaliz. La escuela se hallaba instalada en una casa terrera, en una calle lejos de tránsito, invadida por un tonelero que martillaba y cantaba, desde el amanecer a la noche, en mitad del arroyo. Era una escuela municipal trocada, por industria de la maestra, en lo menos municipal y en lo más de pago posible. Constaba de un salón reservado a las alumnas de cuota y de un cuarto angosto y oscuro destinado a las alumnas gratuitas. Dentro del ángulo que las dos habitaciones formaban, había un patiecillo con plantas, donde el marido de la maestra—un viejo verde cuya expresión, recordada ahora, me repugna—daba las clases superiores. El salón tenía una puerta vidriera a la ca-

lle, y a través de sus vidrios pintados de blanco, se filtraba una claridad ténue que iluminaba las espaldas de las niñas y dejaba en sombra los libros de estudio y las planas de escribir. En el testero, dominando ambos locales, se alzaba la tarima. De una parte de la tarima, debajo de la percha de los sombreros, nos sentábamos los párvulos; y a la otra abríase una puertecilla que daba al traspatio, abarrotado de basura, y a los retretes... Corramos un velo.

Aquella tarima cerrada por tres de sus lados y pintada de gris, para disimular las huellas de nuestras sobas, era el primer monumento que contemplaba yo en el mundo. Reposaba en un basamento de pinsapo, y tras de ella, al pié de una cruz, sentábase la maestra vieja y voluminosa, con las gafas derribadas en la punta de la nariz, la mirada inquisitorial por encima de los vidrios, y las piernas hinchadas, embutidas en medias de algodón blanco y unas pantuflas de estambre verde. Desde aquel trono derramaba su benevolencia para con los discípulas de cuota y fulminaba los rayos de su mal humor perpétuo contra las alumnas pobres;

trato injusto que ahondaba la hostilidad entre las «señoritas» y las «niñas del Risco». Las señoritas se mostraban desdeñosas y se acogían a la protección de la maestra; las «niñas del Risco» extremaban sus burlas y fiaban su dirección a Chana la Recia una chiquilla cetrina y magra, de grandes ojos pardos. En las ausencias y distracciones de la doña Rita asomábase Chana la Recia al salón a provocar a sus rivales. A veces, una «señorita aceptaba el reto; las dos desafiadas solicitaban permiso para salir al retrete; y de allí volvían con los trajes destrozados, las caras arañadas y los cabellos en mechones.

El rincón de los párvulos fué para mí un suplicio. Allí, dudando entre disfrazarme con los sombreros de las niñas y el temor a la palmeta, se malograron muy bellos días de mi infancia. El banco, estrecho y muy afilado de aristas, se nos clavaba en las carnes. Eramos nueve chicos. Nadie se acordaba de nosotros. Pasaban días y días sin que nos enseñasen a deletrear. No había recreos. Permanecíamos sentados horas y horas. Nos entreteníamos como Dios nos

daba a entender: unos atrapaban moscas; otros se hurgaban las narices; otros, los más pequeños, concluían por dormirse y caerse de boca apoyados en los carteles mugrientos y sin ángulos a fuerza de mordiscos. Solo de tarde en tarde, cuando la maestra nos miraba, alzábase de entre nosotros un silabear rápido y breve: B a: Ba; B e...: Be; B i...: Bi; B u..., Y otra vez a las moscas, a las narices, y al sueño.

A nuestros años, tan propensos a la simpatía, no profesábamos a la maestra estimación alguna. Su rostro ceñudo y su voz destemplada («¡Niña» arrodílesel» «¡Niño, venga la mano!») infundíanos terror. Castigábanos según el talento en que se hallaba, y no por la índole y gravedad de nuestras culpas. Cuando se desataba en ira, recurría, a todos los castigos imaginables: al pellizco, al palmetazo, a ponernos de rodillas, a sentarnos de cara a la pared, a tenernos con los brazos en cruz y un libro en cada mano; a exhibirnos con dos orejas de burro en el zaguán; a meternos y arrincornarnos a puntapiés debajo de la tarima; y a las mordazas—unos canutos de caña que, sin

lavarlos nunca, pasaban y propagaban las boqueras de alumno en alumno...

Una tarde, pretendió doña Rita imponerle la mordaza a Chana la Recia. La chica, resistió como una loba, hincó los dientes en una mano de la maestra, y huyó por el salón.

—¡Agarrarla! ¡Agarrarla!—gritaba doña Rita.

Su corpacho blando temblaba de rabia y sus pies gotosos se esforzaban, por correr. Pero Chana la Recia, transfigurada por el rencor, se impuso a todos.

—¡Al que me toque, le mató!

Exclamó. Y se abrió paso hasta la calle.

.
A la mañana siguiente, antes de que la maestra bajara al salón, oímos voces en el zaguán. Era Chana la Recia y su madrastra que la traía a implorar el perdón de doña Rita.

—¡Qué entrarás!—gritaba la madrastra.

—¡Qué no entraré!—respondía la niña.

—¡Pues ahí te quedas!

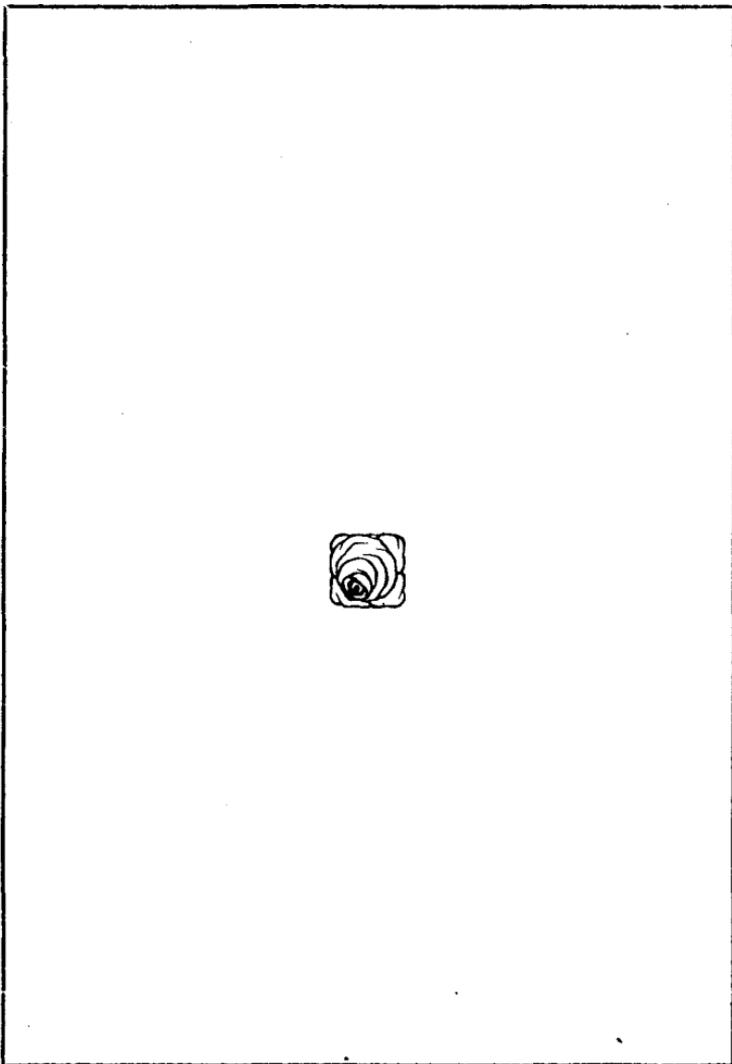
Y oímos el golpe de un cuerpo derrum-

bado violentamente. Corrimos a ver lo que pasaba. En medio del vestíbulo yacía Chana la Recia herida en la frente. No lloraba. Sus ojos pardos despedían luz felina.

—¡Dame tu pañuelo!—me dijo en el tono imperioso que usaba siempre.

Se incorporó, se enjugó la sangre de la herida, se asomó a la puerta, miró a ambos lados de la calle, y se fué.

.....
¡Pobre Chana la Recia! Yo fuí después, sin adivinarlo, tu primer amor. Tú vida fué lamentable y tu muerte debió de ser trágica. ¿Qué tierra te habrá comido?



LAS AZOTEAS

ENTONCES, y aun hoy, había en mi ciudad muy pocos tejados. Desde la Atalaya— ¡tan... tan... tan...! ¡buque al Norte, buque al Este, buque al Sur!—se divisaban las techumbres rojas de las iglesias y del cuartel. Todo lo demás anegábase en la blancura de las azoteas, zanjada por calles, paseos y patios de cuyo fondo emergían, acá y allá, el destello de una ventana o las copas de unos árboles. Los barrios bajos, que allí son los más encumbrados, derramábanse por las vertientes de los Riscos; y los barrios de Vegueta y Triana extendíanse a orillas de las playas festoneadas por las resacas de aquel mar en que los trasatlánticos, asombro de los puertos, se transforman en algo insignificante, a merced del Destino.

Ocurre a veces que, corriendo el tiempo y rodando el mundo, se hallan ocasiones y lugares que reanudan en nosotros impresiones remotas. Yo no he tropezado jamás

sitio ni vez que hayan suscitado de nuevo en mi, las impresiones de aquella vida en las azoteas. Las azoteas infunden como una mayor sensibilidad a las ciudades. En la cal de los muros se perciben, mejor que en los tejados, las mutaciones de la luz. No hay paridad en las causas,—¡ya lo sé!—y a pesar de ello, esas poblaciones que fulguran y se apagan al vuelo de las nubes, me sugieren el recuerdo de las mujeres de cutis fino bajo el cual la sangre fluye y mengua a la emoción más leve. Y esa sensibilidad de las ciudades enlucidas repercute en el ánimo de quienes en las ciudades viven. Un crepúsculo me emociona hoy más líricamente que entonces; pero no me impresiona con aquella angustia y placer casi físicos de las sombras de la montaña que, al avanzar por sobre los caseríos me anegaban en silencio; ola inmensa sobre la cual braceaba mi pobre corazón, ligero como una pluma, ávido de luz como un náfrago ansioso de aire...

EL ABISMO

EN aquel tiempo se callejeaba muy poco en mi ciudad. De tarde los comerciantes tertuliaban a las puertas de sus tiendas. Las mocitas en busca de novio se asomaban en los balcones, y los chicos, de vuelta del colegio, merendábamos en los terrados. Allí brincábamos y corríamos; allí lanzábamos a volar las cometas en primavera y estío, cuando las brisas se avivan. Las azoteas eran el panorama del vivir vulgar y monótono de la población: un estudiante sentado en tierra al soto de los muros ingería en voz alta los pretéritos y supinos; una doméstica descolgaba la ropa blanca tendida al sol; una muchachita, recostada a lo ancho del pretil, se sujetaba las faldas infladas de viento, y avizoraba el fondo de la calle; dos hombres apaleaban la lana de unos colchones, varios chicos arriaban una bandera; ladraba un perro; volaban unas palomas, mirábanse con gemelos dos enamorados leja-

nos interrumpidos en su mútua contemplación por el ir y venir de uno de esos señores que en todos los países no salen de casa por tedio del mundo o por no quitarse las pantuflas.

—Cuando yo sea grande tendré una casa «chirriquitita». Un caserón me asusta. Siempre que visito a abuela temo perderme en aquellas salas enormes y en aquellos corredores sin fin. Aunque cante, para distraerme, aunque me diga que no existe el miedo, arranco siempre a correr. En las galerías me sobran, lo menos, diez pasos; y al cruzar por las salas, voy de puerta a puerta como una saltimbanquí de trapecio a trapecio. Qué gusto una casa chiquita con los balconcitos del palacio de un hada, con unos cuartitos donde siempre que se me caiga el dedal lo halle en el centro de la habitación. Los cristales, para cortinas del tamaño de un papel de cigarro; los muebles, que todos quepan en mi «necesaire».

Calí había tenido tres hermanos, menores que ella, muertos a los pocos años de nacer. Del que vivió más, del que ella amó con amor más vehemente, había heredado

aquel sobrenombre, única palabra que evocaba en la familia la voz hermana enmudecida por la muerte. Del miedo al caserón de la abuela, del trato con los hermanitos muertos y de los diálogos con las muñecas le nació a la niña la afición a la vida minúscula, y el hablar menudo y por comparaciones. Refiriéndose a una condiscípula muy corta de talla, no decía jamás: «tiene tantos palmos de alto». Decía pintorescamente: «Pasa sin inclinarse por debajo de una mesa.» Sus amigas, afirmaban que se expresaba en aquellos términos para no herir al prójimo. Quienes la envidiaban replicábanles que con tal modo de decir, no sólo señalaba el defecto sino que se burlaba de la persona que lo padecía. Yo nunca dilucidé aquel caso de psicología femenina. Les pregunté a mis condiscípulos y uno de éstos que leía a Becquer, me afirmó que la mujer era un abismo. Y no lo entendí tampoco. ¿Un abismo? Para abismo me bastaba entonces con el pozo de mi casa.



EL AMOR EN CARRETÓN

PORCELANA morena y como encendida por suave luz interior. La frente medio oculta tras de innumerables ricitos inquietos. En cada sien dos bucles que le danzaban sobre los hombros. Y en el semblante, apagando la expresión de la boca y aquella claridad traslucida, el mirar negro, el mirar cándido, henchido de luces, como las noches de la isla trémula de viento y de estrellas.

La amé confusamente, la amé tiernamente en la edad horrible de los polisones. La abuela que había concentrado en María Sola el amor que profesara a los nietecillos muertos, acumulaba también en la chiquilla, todos los adornos con que, de vivir los niños les habría engalanado. María Sola iba siempre cargada de alhajas y perifollos: collares, cadenas, pulseras, anillos, dijes, hebillas, botones, cuellos farbalaes, lazos, ¡un escaparate! Mas su gracia vencía aquel barroquismo. Hasta el polisón—vergüenza me

causa estamparlo—y el zagalejo corto le daban la oscilación gentil del andar de las alispas. María Sola iba siempre como una plata. Al marchar a la escuela, al cruzar la calle, el sol de la mañana se le quebraba en destellos como mariposas de oro en los zapatitos lustrados...

María Sola no sospechaba el amor que yo le tenía; pero como todas las chiquillas avispadas dábase cuenta del poder que ejercía en mi. Cada tarde al saltar a nuestra azotea me ordenaba, entre bocado y bocado al pan y a la rapadura de la merienda:

—¡Anda tú! ¡Paséame en el carretón!

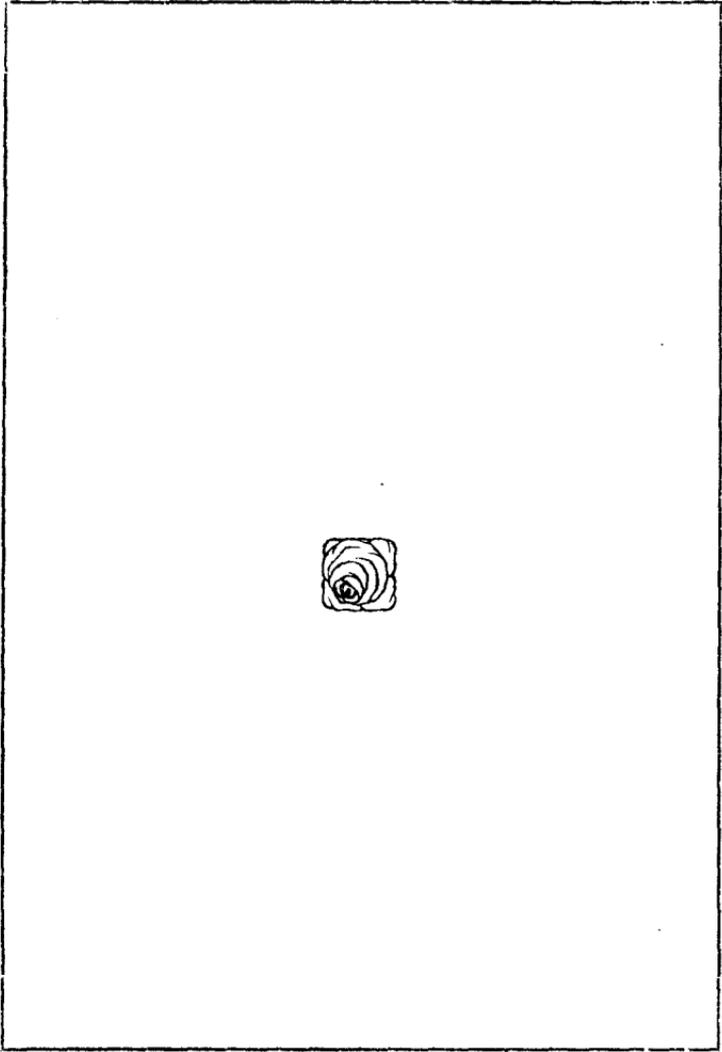
Y yo la paseaba a riesgo de las conmi-
naciones de mi madre que zurcía nuestros calcetines en la galería del patio.

—¡Muchachol! ¡Ese carretón! ¡No ganaremos este año para goteras!

El carretón se atascaba frecuentemente en los baches del piso. Y para sacarlo del hoyo tenía yo que alzarlo y empujarlo por detrás. En el esfuerzo mi cara rozaba con el cuello y los bucles de la niña; sus cabellos me cosquilleaban en las narices; centuplicá-

banse mis bríos; y el carretón arrancaba liviano como una pluma.

En aquellos tiempos no deslindaba yo todavía claramente mis sensaciones de niño y de muchacho. En la zona de lo agradable se confundían aun las impresiones de los cinco sentidos. ¿Por qué me gustaba María Sola? ¿Por el sabor que yo atribuía a su piel de fruta nueva? ¿Por lo gallarda y pulida? No lo supe; no lo sé. Veces creí pasear a la muñeca mas bella de mis hermanas; veces, a una flor; veces a un caramelo. Según...



LUNA LUNERA...

CASI todos los edificios de mi ciudad constaban de planta baja y piso alto; casi todos alcanzaban el mismo nivel. La manzana donde vivíamos era como un continente con vistas a cuatro calles: campo de aventuras que recorríamos atentos a que nuestras sombras no se proyectasen en los muros de los patios; y a que los vecinos no percibieran nuestro caminar. Conocíamos los rincones donde se acorralaba mejor a un gato; la azotea donde nos convenía rehuir los colmillos de un perro; el corredor donde brillaba tentadora, pidiendo una escupitina, la calva de un zapatero, y la ventana donde se asomaba vomitando injurias contra nuestras impertinencias, la vieja más irascible de todo el barrio.

En nuestro ambular por aquellas alturas sorprendíamos los pormenores del vivir íntimo de muchas familias: las cenas exageradamente frugales de cierto figurón, «fuer-

za viva» del archipiélago; los ensayos de guitarra del deán; la peluca de la «delegada», señora de muchos humos, que por venir de la Península pretendía imponernos las modas de... Torregalindo.

El recreo al aire libre duraba hasta el anochecer. Al extinguirse el día, vibraban en San Francisco y en la Catedral los toques de la Oración; desde las calles y de los patios subía desmayada en la cal de las paredes la claridad de los faroles y de los quinqués de petróleo; y una voz, la voz de mi madre, nos llamaba a retiro.

—¡Niños!

Las noches de luna, prolongábamos nuestra estancia en la azotea. El misterio del cielo sosegaba nuestra inquietud. Sentados en un poyo, una de mis hermanas nos refería el cuento de siempre: La flor del olivar:

¡No me mates pastorcito, ni me dejes de matar!

O trabados de las manos, girando en coro, cantábamos a la Luna:

Luna lunera,
Cascabelera,

Dile a Perico
Que toque el pito.
—Pito salado fué a la montaña
Y trajo un traje de telaraña.
—¿Pa quién lo quiere?
—Para su dama.
—¿Voy a buscarla?
—No, que está mala
—¿Con qué se cura?
—Con limonada,
Pipa de almendra,
Y agua salada...

Algunas noches volvíamos al terrado. Pero sólo por causas excepcionales: si se moría un vecino o si estallaba un incendio. Subíamos en tropel la escalera, a discutir, por el resplandor de las llamas, el lugar del fuego o a atisbar el interior de la casa visitada por la Muerte. ¡Oh, las excursiones saltando de muro en muro por las azoteas a oscuras! A ratos, en el pasmo y silencio que siguen a la muerte, percibíamos rumor de sollozos. En ocasiones, por una puerta entreabierta y a la luz de los cirios, alcanzábamos a ver los pies del muerto. Y con esas

impresiones en el ánimo no podíamos, no lográbamos dormir en toda la noche.

Testigos de nuestros juegos eran tres señoras que vivían a espalda de casa: las hermanas de don Benito Pérez Galdós. Diariamente, después de comer, subían las tres señoras a pasearse por su terrado. Desde allí presenciaban nuestros entretenimientos, sonreían a nuestras ocurrencias e intervenían, conciliadoras, en nuestras disputas. Nosotros respetábamos, aparentemente, su intervención, pero, en el fondo, nos rebelábamos contra ellas, indignados. «¡Mironas, más que mironas!» les decíamos, en voz baja para que no nos oyeran. Y «Mironas» les llamamos siempre; a ellas las muy amables que, por advertirnos, interrumpían su charla y sus contemplaciones!

.....
Hace años, allá, en Madrid, un amigo me notificó:

—Se ha muerto una hermana de don Benito. Hay que ir.

Y fuimos. Era una tarde imponderablemente diáfana en la gran Meseta. El aire azul vibraba como exacerbado. En las ta-

pías de la calle donde habitaba don Benito, y en un talud de tierra ocre llameaba el sol. En aquella magnificencia de la luz, mi espíritu, probado duramente aquellos días, temblaba como una saeta. Concurrían al entierro cuantos bullen y triunfan en Madrid. Después de firmar en el rellano de la escalerilla exterior, penetramos en el chalet. Rendido por su aflicción y sus achaques, don Benito se había retirado a su alcoba. En un cuarto contiguo al vestíbulo, en una cama revestida de negro, reposaba la muerta. Sentado al borde del lecho, sin llorar ni moverse, sustraído a todo, y como en diálogo ideal con su madre, estaba don José Hurtado de Mendoza. Alargué la cabeza, tendí la mirada, y alcancé a ver el rostro afilado de la viejecita. No la reconocí, no; pero era ella, la que allá, en mi ciudad, me sonrió cuando la vida, toda porvenir entonces, me sonreía también. Llegado el instante de cerrar el ataúd, me retiré al vestíbulo. No quise profanar con mi presencia el momento de la despedida tanto más triste cuanto más callada. Para distraerme me acerqué a la vitrina donde don Benito conserva un ejem-

plar de las ediciones de lujo de sus obras.
Cosa extraña: todos los títulos parecían
dislocados. El vidrio tal vez...

EL "PIRGANO"

EN mis excursiones por los terrados, tropezaba yo a menudo con un grandullón de alma aviesa a quien su familia obligaba a andar sin calcetines ni botas para que no pudiese salir de casa. Era un mataperro expulsado de todos los colegios a que había concurrido, de todos los empleos en que le habían ocupado y de todos los jilorios del Risco en los que se entremetía sin que nadie le llamase y de los que le sacaban a mojicones y puntapiés. Apodábanle el «Pírgano» por lo largo y seco de carnes. Miraba con ojos cínicos, igual que lobos en acecho en las cuencas de la calavera sembrada de chocaduras. Su cara provocaba asco con las granulaciones purulentas y el vello ratonil del bigote y la barba incipientes. No llevaba otra ropa que un pantalón de perneras deshilachadas y una americana astrosa, que en cuanto perdía los botones mostraba el cuerpo esquelético sembrado de mataduras, me-

moria y señal de las «tollinas» paternas.

En este semblante merodeaba, día y noche por la isla de cal, terrero de sus azañas. A las horas de sol dormía en la sombra de los miradores. De tarde se paseaba como un pajaraco por la cornisa de los edificios, ante la estupefacción del público que se paraba en las aceras a mirarlo. Y de noche le entreveíamos en torno a la claridad de las lumbreras o en los rincones más oscuros donde el fuego de sus cigarrillos lucía como un ojo siniestro.

“EL RIVAL”

LA dureza de los castigos y el tedio de la vida solitaria inspirábanle ideas diabólicas. Un filósofo aconseja que no obedezcamos nunca a nuestros primeros arranques porque son precisamente los impulsos mejores. ¿Qué había de hacer, pues, aquel espíritu ruín que disponía de veinticuatro horas diarias para meditar sus malos propósitos? El «Pírgano» era terror de las domésticas, devastación de palomares y gallineros, ladrón de ropa blanca que cambalacheaba por tabaco con sus compinches, reunidos a media noche al pie de la casa a paliquear y a cantarle en son de chungu. Por vengarse del menor agravio, o por complacerse en el susto y angustias de las personas más de su amistad, cometía verdaderas atrocidades. A Calixto García, que le tenía a raya, le había desplumado, en vivo, un gallo de pelea. A mí, que rehuía tratarle me había tirado tan de súbito y con tal brío del cordel

de la cometa que por poco no me caí del mirador al terrado.

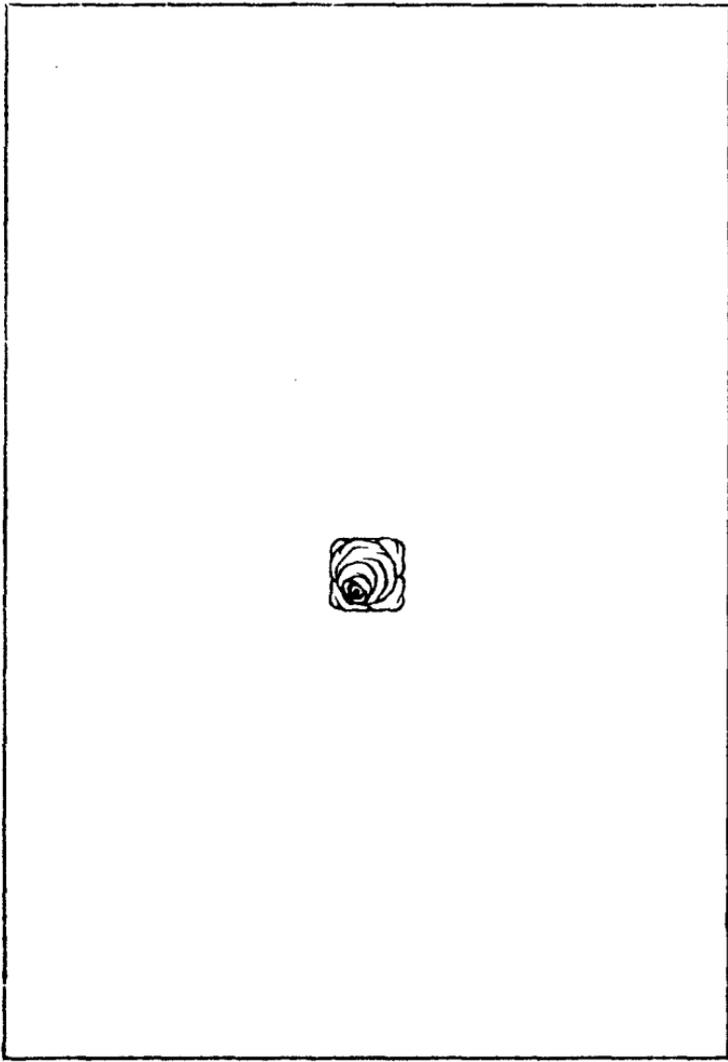
No me podía ver. Me acechaba a la vuelta de los miradores o en el ángulo de una chimenea o en cuclillas tras de un muro. En cuanto me atrapaba sentábase en un poyo, me atanecía entre sus patas de antilope, me hinchaba la cabeza a capones y repelones, o me revolcaba las orejas entre las palmas de sus manos.

—¡Mariquita! ¡Mariquita! ¿Con que te gusta María Sola? ¡María Sola me quiere a mí! ¿Sabes? ¡A mí! ¡Pitoño!

En unas agresiones el dolor me vencía y me caía de espalda llorando. En otras me inflamaba en odio y le echaba los dedos a los ojos, escupíale a la cara, le pellizcaba los huesos, le mordía los brazos. Llegaba a mi casa electrizado como un gato furibundo, y, ya en ella, iba y venía, gesticulaba violento; hablaba in mente, obstinado en inventar un suplicio atroz para vengarme de tamaña crueldad, de tamaña injusticia.

Mi madre, que en sus preocupaciones caseras tenía la misma costumbre de pasearse gesticulando en silencio, se tropezaba

conmigo; y, ensimismada y creida de que yo la parodiaba, me besaba tiernamente al pasar.



CALABAZAS...

A él! ¿Qué María Sola le quería a él? ¡Vamos! ¡Aquello no me cabía en la cabeza! Y eso que mi cabeza no era ya entonces un punto ortográfico. Mi vanidad o más claramente, mi rencor infantil, no concebía que yo me enamorase de una niña capaz de querer al «Pírgano». Por entonces me enseñaban en el colegio que dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí.

—¡Eso, en matemáticas; pero en amor..!

¡Y en la primera pasión de mi vida, el amor me demostró que, en el querer como en la naturaleza, los seres y las cosas buscan sus compensaciones y complemento. En vano me esforcé por recobrar mi tranquilidad. La afirmación del «Pírgano» sería probablemente una mentira, una manera nueva de atormentarme. Hasta entonces no le había yo confesado a María Sola el sentimiento que me inspiraba. ¡Decírselo! ¡Horror! Determiné escribirle. ¡El papel, el tiempo,

los sobres rotos, las consultas al diccionario —¡malditas h! ¡malditas b. y v.! ¡malditas c. y s!—¡qué me costó la carta! Sentado a medio ganchete, con las piernas entrecruzadas con los travesaños de la silla, media lengua fuera y la nariz en el papel di fin a mi declaración.

«Señorita:.....»

Este tratamiento a María Sola con quien yo me tuteaba era ridículo. Y no obstante lo estampé sin vacilar. Aquel «Señorita» con la S. encaracolada como rabo de un perro, se interponía entre nuestra fraternidad de niños y el amor que yo aspiraba a obtener, sin contagio ni aliciente de nuestra amistad primera.

No había que pensar en darle la carta a Chavito ante mis hermanas y nuestros amigos. Mejor sería entregársela en una entre calle y callejón desierto por donde Chavito iba y regresaba diariamente de clase. Allí la esperé. Y, ¡oh fortuna o quizá desdicha! El Cielo me envió una carreta colocada al borde de la acera a fin de amparar mi maniobra. Cuando María Sola dobló la esquina pensé morirme. Pero yo no debía desairar a la

Providencia ni perder el tiempo invertido en urdir y trazar la carta. Al pasar Chavito entre la carreta y la pared le salió al encuentro, y sin decirle palabra con los ojos ardiendo y el corazón a brincos deposité mi epístola en su cestito de costura, forrado en seda como un nido tejido para el amor de una tórtola. Sin chistar, Chavito rechazó mi declaración; yo me incliné a recogerla del arroyo; y el carretero, un mulato formidable que, al salir de un zaguán, había presenciado la escena, lanzó una carcajada y esta palabra, que en aquel trance me sonó a insulto:

—¡Niño!

Aquel día, en el salón del colegio, y con la mirada en alto, no pude concentrar mi atención en los libros. Don Francisco, el inspector de estudios, se pasó las horas diciéndome.

—Sr. Ruiz ¿qué se le ha perdido a V. en el techo?

Y don Francisco tenía razón; lo he comprendido después: para hallar una ilusión en seis u ocho metros de cielo raso no se necesitan tantas horas como para buscarla en el cielo sin fin donde todas se pierden...



LAS COMETAS

Los domingos de mi niñez, están llenos de un revolotear de cometas innumerables; de un ondular de colas rojas, verdes, azules; de un relucir de puntillas como estrellas visibles en pleno día. Los chicos de otras comarcas ignoran el encanto de ese juguete sencillo y precioso. Echar una cometa al vuelo y sostenerla inmóvil, fatiga y aburre. La cometa manejada con arte, es audacia, temor, disimulo, algo que pone trémulo al espíritu, y que al volver a nuestras manos nos trae como un palpitir de paloma, como una inquietud del Misterio, como un soplo de las auras que no llegan a la tierra.

La cometa tiene su «moral». Ante todo, vivir, defenderse, escapar a las hordas de los muchachos que la cautelan desde la calle; soslayar al ladrón oculto tras de una pared; sortear los árboles, los palomares; las astas de bandera, los hilos del telégrafo. Y

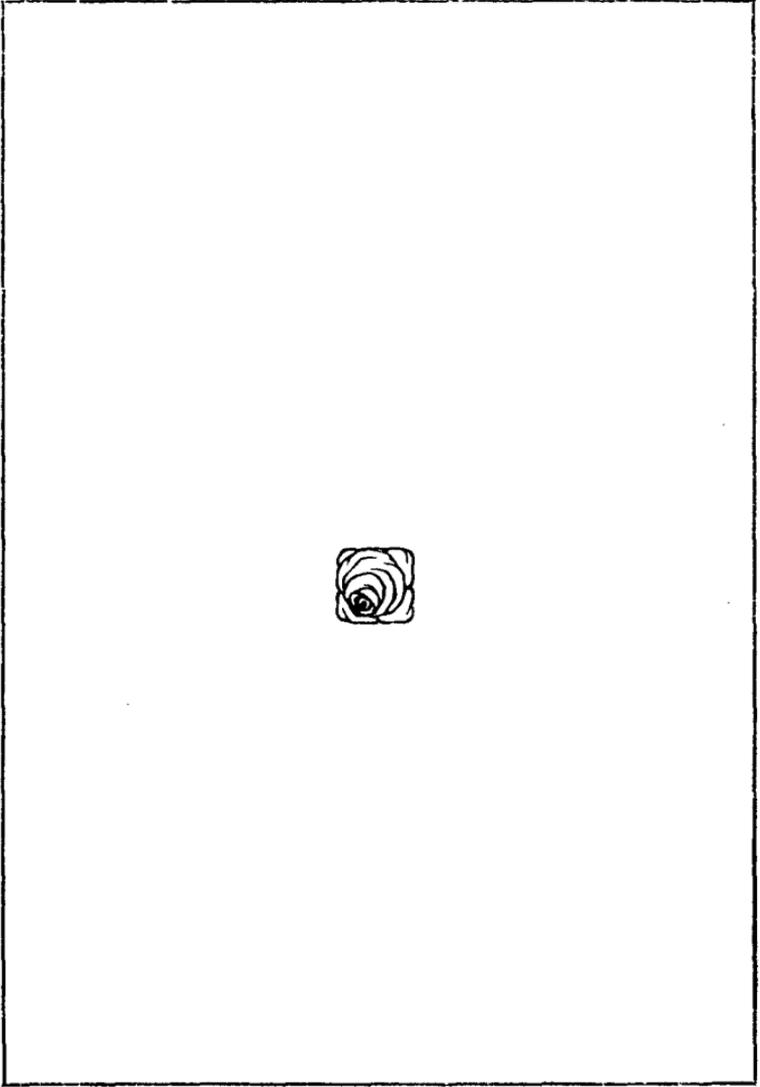
después la ofensiva, el ardid, aguardar a que el enemigo, empeñado, a su vez, en un combate, o acorralado por otras acometidas, no pueda cobrar su cometa a tiempo, ni atrapar con las horquillas en ganchos amarrados al cordel, la puntilla y la cola de la cometa contraria. Y en la defensa y en el ataque, el principio fundamental de éste y de otros muchos juegos humanos: no aceptar la derrota hasta ser realmente vencido.

Ignoro por qué no se implanta en las universidades de España el estudio de la fabricación y manejo de la cometa. La construcción y ejercicio de la cometa sería la mejor cultura integral del carácter. Manos «románticas» no pueden, no podrán nunca hacer una cometa excelente. Para fabricar una cometa modelo—y el cometista de verdad no admite la colaboración de nadie—es preciso cierta preparación clásica, tacto y medida, combinar los colores del papel, elegir las cañas, calcular el peso y el equilibrio de la armazón. Sin tales requisitos, la cometa resulta un juguete loco, capaz de aca-rrarnos muy graves disgustos: agujerear los

vidrios de las lumbreras de los patios o sacarle los ojos al prójimo.

Y al revés: en el manejo de la cometa conviene cierto espíritu de aventura dado a solucionar conflictos por inspiración y sin demora.

Doble disciplina que nos ductilizaría maravillosamente para las acechanzas del vivir.



EL AMOR EN SILENCIO

MAÑANAS de los días de fiesta en las galerías del patio o en el cuarto de planchar, arriba en la azotea! ¡Fiebre del trabajo, aguijoneada por la ilusión! ¡Qué horas!

Nos reuníamos en grupo. Entre semana juntábamos nuestros ahorros; negociábamos empréstitos; encargábamos las cañas; adquiríamos el hilo «de bala»; pedíamos en las relojerías trozos de muelles para fabricar puntillas; o cambalacheábamos en los colegios las navajas que mas se habían lucido en la cometada reciente.

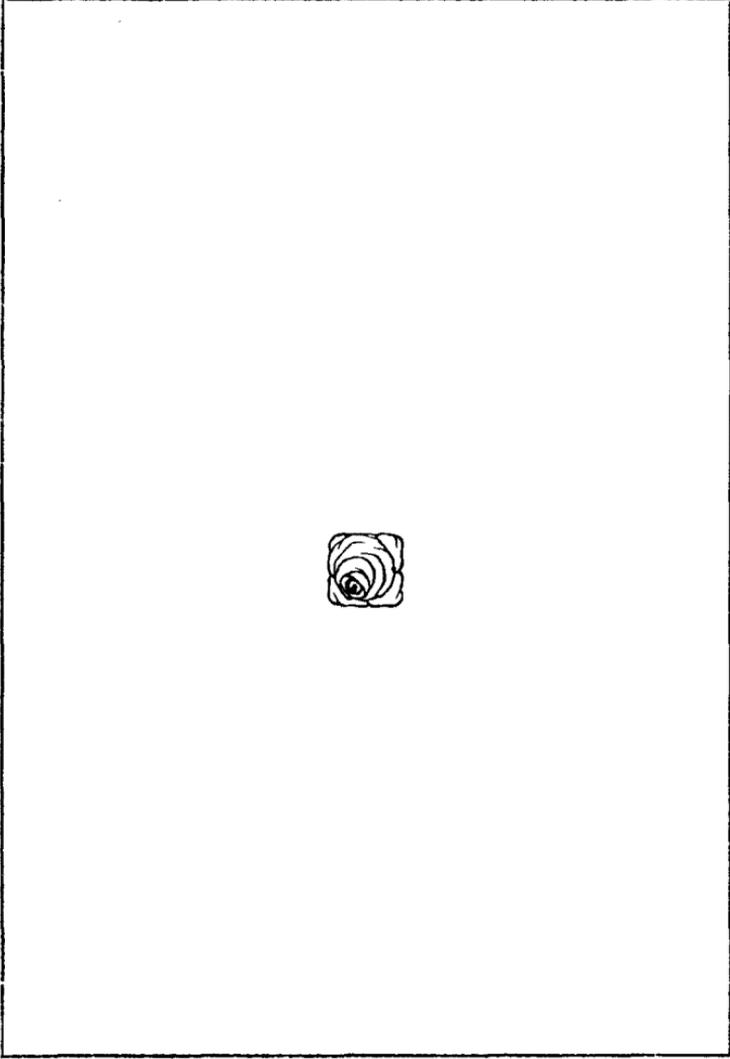
Y el domingo, en cuanto las abuelas se convencían de que habíamos asistido a misa, y apenas nos desayunábamos; desaparecíamos de la circulación. Los «grandes» nuestros hermanos mayores, construían las cometas, y amolaban en un trozo de pizarra, a salivazos, las puntillas de «sierra» y «media luna». Los pequeños, los pípiolos, nos empleabamos en cien menesteres diver-

sos: cortábamos el papel para las colas, y los trapos diminutos para los rabos «correizos»; encerábamos y «alambrábamos» la liña de los cometones; pirateábamos por los dormitorios una vela para combar las cañas al fuego; subíamos al mirador a ver como «se presentaba» la brisa; acechábamos la ausencia de la criada para sustituir la olla del puchero por el cacharro del almidón. Por culpa de nuestros manipuleos se malograba casi todos los domingos la comida. Mal condimentado el cocido y temblando de impaciencia nosotros, apenas probábamos bocado.

María Sola acudía a casa, desde mañanita. Al salir de la iglesia pasaba por la plaza del Mercado y nos compraba flores. Su aparición en casa con la mantillita blanca y su ramo de nardos era como una visión, como un cantar, como una luz... En mis conversaciones con ella no aludía yo nunca al intento y fracaso de mi declaración amorosa. Eso sí; por recelo a la rivalidad del «Pírgano» o por ímpetu espontáneo, le demostraba siempre, que me era fácil, la adoración en que la tenía. La temporada de las cometas

María Sola desayunaba y almorzaba, cada domingo, con nosotros. En la mesa, cedíale yo mi cubierto de plata; en el trabajo, el puesto más cómodo y las tijeras que cortaban más; y en el reparto de nuestras propias obras, las cometas que descollaban entre todas por ligeras y bonitas.

—¡Chavito; para tñ!



¿TU TAMBIÉN?

A las tres de la tarde la población de Las Palmas se congregaba en las azoteas. Quedábanse entornados los balcones, solitarios los paseos, y casi desiertas las calles, a merced de los mataperros de Fuera la Portada y los Riscos. Contra aquellas hordas de poco o nada valían la vigilancia de los municipales ni los baldes de agua. A puñetazos se disputaban las cometas caídas al arroyo y las que pescaban con sus hondas por el hilo tendido de frontis a frontis. Era un destruir por destruir, un batallar por el único aliciente de la persecución y las duchas.

Al llegar a las azoteas, nos preguntábamos a una voz:

—¿Dónde está Tabares?

Tabares era el mejor cometista del archipiélago, un «bravo», famoso por sus pendencias y parrandas. Las personas de buena conducta le tildaban de «mala cabeza».

Yo sospecho que era hombre impetuoso, aburrido e irritado por nuestro vivir de provincia. Mala cabeza o no, todos se lo disputaban, entonces, para atraer a la azotea de sus casas el interés y la envidia de la ciudad.

Cada domingo iniciaba Tabares sus hazañas con una cometa de papel dorado y cola de seda roja. Media hora larga nos absteníamos de echar nuestras cometas al vuelo y le dejábamos el espacio libre. En mano de Tabares la cometa dorada parecía moverse con vida propia. Descendía hasta las calles en «caracolillos» deslumbradores; subía recta y veloz al zenit; tendida casi paralelamente a las azoteas, describía cabeceando «de lado» inmensos semicírculos desde la montaña al mar. Nuestros ojos la seguían atónitos. Al remontarla el viento y al herirla el sol, tenía no sé qué de saeta y de relámpago.

¡Después la batalla!

Hombres, mujeres, viejos, mozos, niños, todos interveníamos en la lucha. A mi vera y de pié sobre un muro, Chavito jugaba con su cometa. Si notaba en la cometa algún defecto o se le emburujaba el hilo la

cambiaba por la mía, previo este elogio que acallaba mi protesta.

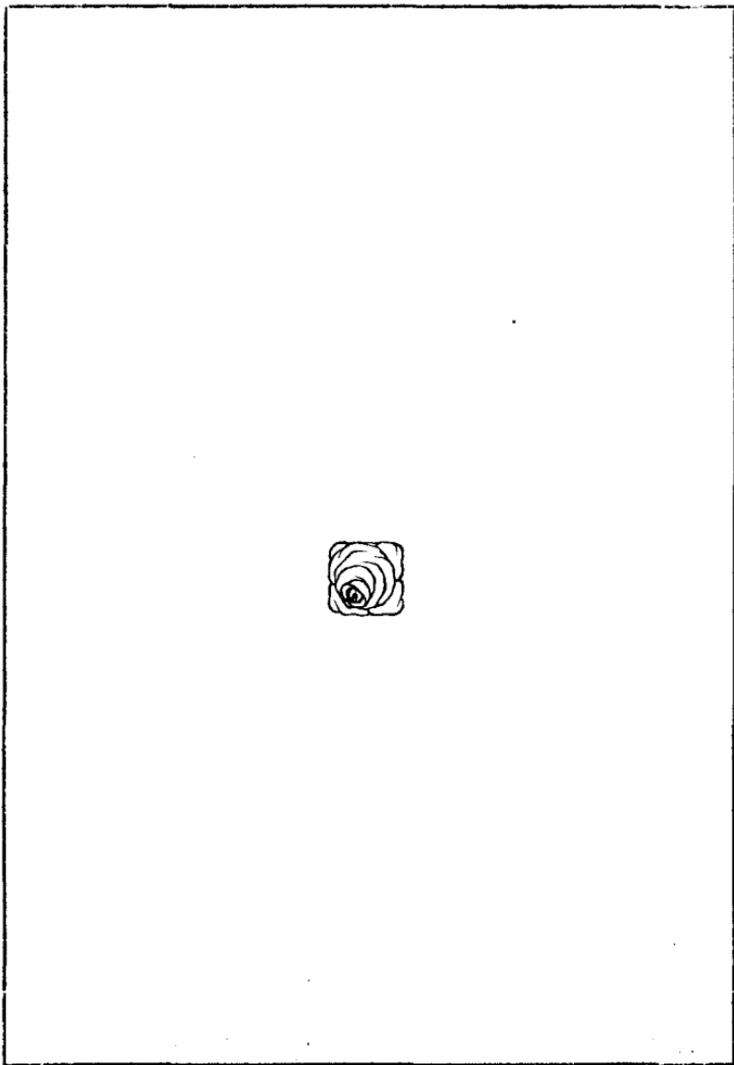
—Tu cometa me gusta más.

Y entre tanto yo desenredaba el hilo, María Sola lucía sus habilidades a los ojos del «Pírgano» que, desde lejos, no apartaba de ella la atención. A veces, Chavito arriaba y el «Pírgano» se hacía con mi cometa y se entretenía en manejarla ratos largos. Yo me indignaba contra tales confianzas, y Chavito me reconvenía duramente:

—¿Tú también?

Es decir, también tú vas contra ese pobre chico acusado sin razón. La pregunta de Chavito se atravesaba, con frecuencia en nuestros diálogos y siempre que la oía me daban tentaciones de responderle a Chavito:

—¡Sí! ¡Yo también!



ANGUSTIA Y REVELACIÓN

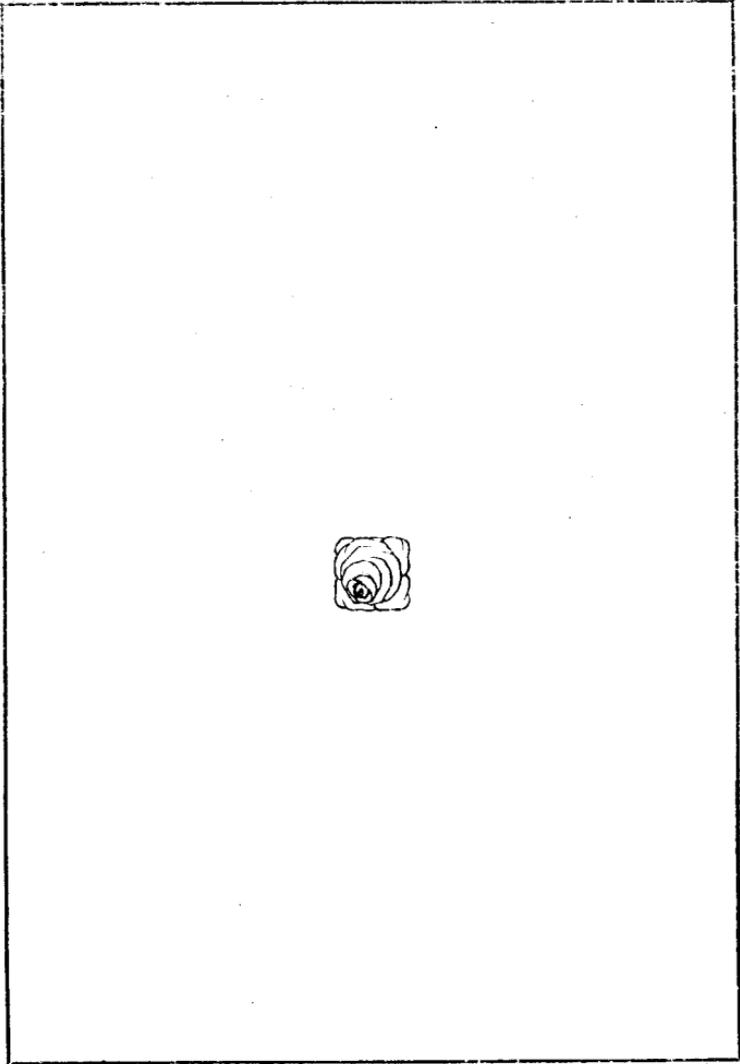
PERO... ¡caray! la pregunta era un arma de doble filo. Con ella, ciertamente, defendía María Sola a aquel desalmado, y con ella también me declaraba que me tenía por alguien excepcional y superior al vulgo, por alguien más próximo a su corazón que el resto de las gentes, que no disculpaban al mataperro. Y ambas cosas, el exceptuarme y el defender al «Pírgano» constituían mi confusión y angustia. Para que Chavito me quisiera tenía yo que fomentar y defender aquel otro amor que mi instinto, más que mi experiencia, odiaba y temía. ¡Aquella pasión de la cual iba a ser yo el primer sacrificado!

Desde los terrados ascendían cientos de cometas: cometas de lujo, lanzadas a alturas inconmensurables, pregonando esplendor y osadía; cometas de a «cuarto» con el amarre muy corto, de una madeja de hilo casero, reveladoras de penuria y timidez; ca-

chirulos y papagayos con que los chicos intentaban sus aventuras primeras; cometas enterizas, livianas y vibrantes como alas de libélula; cometas españolas, francesas, inglesas; cometas de papel negro, con un cráneo en el cruce de dos tibias en aspas; cometas cárdenas que ardían como antorchas, en el aire azul; cometas locas, que, por falta de cargazón o de cola se iban de cabeza contra los muros; cometas blancas, que fatigadas de luchar, subían serenamente, alto, muy alto sobre la ciudad ya en sombra, y permanecían inmóviles, en las últimas lumbres del sol, con una divina candidez de lirio y de lucero.

 Mi angustia y confusión crecían de domingo en domingo. María Sola no se limitaba ya a ceder mis cometas al «Pírgano»; últimamente había dado en el antojo de enviarle «correos» por el hilo de la cometa. El mataperro los cogía al vuelo, y en el mismo papel, sin arrancarlo del hilo y con lápiz, le contestaba con chicoleos y caricaturas. Ese carteo por medio de mis cometas y a mis propias narices me exasperó. Por una amiga nuestra y condiscípula suya le envié una carta llena de recriminaciones.

Chavito me contestó inmediatamente «de palabra» y con más benevolencia de la que yo suponía. Que sí, que era mi novia, pero a condición de que yo no se lo dijese a nadie; que no le hablase ni la mirase como novio; y que le permitiera hacer con mis cosas lo que a ella le diese la gana. ¡A ver!



LA CAZA DEL LAGARTO

Y vaya si víl ¡Y vaya si supel Supe que las relaciones de María Sola con el «Pírgano» databan de más de un año; que doña Sola, la madre de Chavito, se oponía resueltamente a ellas; que había prohibido a su hija subir y permanecer sin compañía en los terrados, y que nuestra amistad y los «correos» transmitidos por nuestras cometas, constituían los medios únicos por los que los novios se comunicaban.

Y vi que María Sola usaba y abusaba del derecho que se había atribuído en el empleo de mis cometas. La hora propicia a los carteos de Chavito y el «Pírgano» era la de los «cascos». Transpuesto el Sol, empezaba el combate de los cometones pesados y tardos como hércules de feria que se acometían mutuamente; las enredinas en las que el hilo reforzado con alambre se requintaba hasta romper las cometas; las luchas, que encalabrinaban los nervios y de las cuales otros

pípiolos y yo éramos eliminados a empellones y capones, a fin de evitar que nuestro ímpetu irreflexivo turbara el tira y afloja, secreto de aquellos y tantos otros éxitos felices. María Sola y el «Pírgano» se valían de aquellos instantes en que la atención del público se concentraba en la resistencia de los cordeles y en la habilidad de los comestistas, para escribirse ternezas y ¡oh, ingratitude! para mofarse de mí...

Hasta que me cansé, y una tarde le arrebaté de un tirón la cometa:

—Si quieres alcahuetes, busca otras cometas. Las mías no sirven para eso.

Y aquella misma tarde, llorando de rabia y pesadumbre, en un rincón del cuarto de planchar, quebré para siempre con las cañas de mi última cometa, mi afición al cometismo y el encanto de mi amor primero. No aparecí más por las azoteas. Los domingos, aceptaba la invitación, de D. Salvador, un señor vecino nuestro—uno de los hombres más cordiales y simpáticos que he conocido—y me iba en su *charabán*, con sus hijos y sobrinos a su finca de Chil. Y allá arriba en los llanos de las Rehoyas, vuelto de espalda

a la ciudad, para no ver las cometas distantes, me consagré a la caza del lagarto con la misma desesperación y despecho con que un príncipe, desdeñado por una princesa real, huye al corazón de la India a matar tigres...

.
Bobín: Haz el favor de volver a la azotea. El quitarme las cometas ha sido una tontería tuya. La preferencia mía en manejarlas ¿no vale nada a tus ojos? En vez de agradecermelo, te enojas. Yo no tengo ni tendré más novio que tú. Te espero el domingo. Ven.

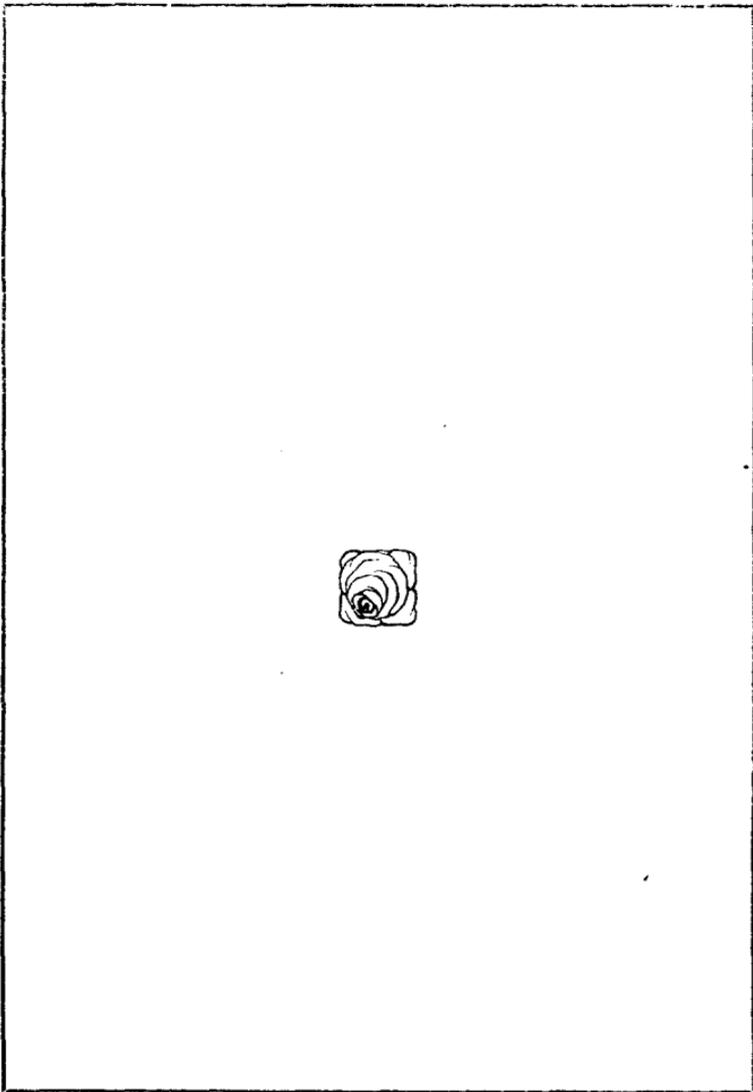
CHAVITO

Era su letra: bien claro estaba. Y era su modo de expresarse: un «orden y mando» de los suyos, que, no obstante lo que yo había visto y averiguado, renovó mis dudas acerca de la sinceridad de su afecto a mí. Porque ¿no podía darse el caso de que Chavito hubiera roto con «Ese»...? Aquel cinismo ordenancista ¿no sería, quizás, obra de su propia inocencia que, al juzgarse libre de culpa, le autorizaba a emplear conmigo el estilo imperioso con que me había tratado

desde niño? La perdoné y me habría reconciliado en aquel punto y hora con ella, si en nuestro pleito no hubiese terciado el «Pírgano» con quien debíamos deslindar los campos una vez para siempre. Declaro que, al internarme en estas reflexiones, no me atreví a contar con que María Sola prescindiese en absoluto de aquel personaje repulsivo. Ante tamaño obstáculo mi amor propio cerró los ojos y mi cariño a Chavito dió un rodeo. ¿A qué apurarme ni a qué resucitar viejas discusiones con ella, si Chavito misma me proporcionaba el medio mejor de descartar al zorro? Si la carta era sincera, María Sola no pondría reparo a que el «Pírgano» se enterara de que ella, Chavito, no tenía ni tendría más novio que yo.

Esperé la noche; y luego de cerrar y con excusa de recoger un libro, subí al cuarto de planchado. Desde el mirador exploré las azoteas, me cercioré de dónde estaba el «Pírgano». Y, rastreando por los lugares más oscuros, plegado el cuerpo como un reptil a los muros que saltaba, me fuí a la azotea de mi rival. Recuerdo que en aquel viaje, que me pareció interminable, no me

espantaron mis temores de niño por las sombras, ni el miedo a que el «Pírgano» me atrapara y me diera una tunda. No. Era algo que yo no acertaba a definir, un presentimiento, como una fatiga que me obligaba a detenerme en cada azotea, algo que hacía que la carta de Chavito guardada en uno de mis bolsillos me pesara como un plomo... Llegué y trinqué la carta bajo una maceta, en lugar y de modo que no escapase, al otro día, a las miradas del «Pírgano». Aun hoy, después de tantos años creo percibir en mis dedos el aletear de aquel papel abandonado al capricho de la suerte. Emoción y descontento de sí mismo, semejantes al que debe de producir el temblor del pobre corderillo amarrado y ofrecido en mitad de los bosques como cebo al ataque y voracidad de las fieras...



ORACIÓN

OH, Jesús bendito! Jesús, el que suplicaste: «¡Dejad que los niños se acerquen a mí! ¡Oh, Cristo, cuyo perdón florece más alto que las culpas más enormes! ¡Oh, tú, cuyas manos consuelan y acarician la frente ardorosa de los que dudan, de los que no se arrepienten, de los que ni siquiera confían en tí! ¡Oh, tú, que en los senderos de Galilea apartaste la planta de tu pie por no hollar ni matar la cizaña maldita que tu voz condenaba al fuego en la ejemplaridad de tus parábolas admirables! ¡Oh, tú, Señor, que desde lo alto de la cruz columbras y conoces anticipadamente el destino de cada ser! ¡Oh, tú, que bajaste a la Tierra a compartir el dolor humano! ¡Oh, tú, que viniste a sufrir nuestras flaquezas para saber perdonarlas! Tú, que eres bueno entre todos los buenos, tú, que también fuiste niño, aparta de los pobres niños el tormento de la precocidad!

¡Líbrales de las tentaciones anticipadas del amor; de los celos prematuros que siembran en su corazón el primer odio, la primer envidia y el primer afán de vengarse! ¡Redímelos de la locura del amor que no se confía ni a los amigos, que rehuye la burla y los consejos de los desengañados, y que inspira, ¡oh, Jesús!, el primer impulso de matar y de morir! No engendres en ellos esas pasiones tormentosas que nacen, fermentan y mueren como grano de trigo bajo una piedra. Sálvalos de la obsesión del amor y del instinto: del amor que turba las amistades más espontáneas y alegres y la transforma en anhelo jamás saciado, en inquietud de todo momento, en violencia de atracción y desvío de los pobres camaradas de ayer que ya no saben cómo mirarse ni qué decirse! Del instinto que desvelado ahonda los ojos, que clava la mirada, que degenera la risa en sonrisa, que busca la soledad, que gusta del reposo, en el sufrir horrible y perpetuo de la voluntad que no se decide y de la carne que se atreve.

¡Oh, tú, que atas y desatas el tiempo!
Protege a los niños, prolonga su inocencia.

Su inocencia pura como el agua de los manantiales antes de que la bese el mar, su inocencia inmaculada como la luz de las estrellas que en su vuelo de siglos no han hallado aún ojos ni tierras que la reflejen. Consérvalos ágiles, recios, alborozados hasta que les arrebatos de golpe la venda de su pureza; y tu voz—voz del destino—les diga: «¡Creced!» Es decir, vivid alegremente vuestra infancia. Y después les ordenes. «¡Multiplicaos!» Es decir. ¡Amad! Amad con todo el ardor de la juventud, con toda la alegría y la savia que poblaron al mundo, con todo el ímpetu con que las viejas familias patriarcales, protegidas por Dios, ascendieron a la categoría de razas y naciones!

Hazlo, ¡oh, Jesús! por los pobrecitos niños que no han jugado ni han reído bastante; hazlo por las gentes adustas que no poseen un recuerdo que les suavice el gesto y les endulce la voz, ronca de maldecir y disputar. Hazlo también por los desencantados, por los tristes, por los que, compelidos por la edad o los engaños hacia la vejez, creen que su niñez fué un soplo y su juventud una ráfaga desviadas y amortiguadas al

chocar. Hazlo por ellos, y hazlo por ti. Por ti, Señor, para que el niño que por última vez vuelve a llorar en nosotros, bese las huellas de tu paso por el alma y por el mundo.

¡PERFIDIA!

Al día siguiente no subí a la azotea. Ni el deseo de ver a Chavito me atrajo arriba. Había pasado yo la noche en pesadillas, desvelos y sobresaltos. Me sentía descaecido y febril como después de una crisis de crecimiento. Al salir de clase, me volví a casa, y me refugié en uno de esos rincones donde los niños se ocultan para fumar o leer a furto, para llorar castigos y cóleras; bajo la rampa de una escalera, o entre un ángulo de habitación y el costado de un ropero, o en los matorrales de jardín, donde nuestras uñas rayando siempre en la misma rendija, o nuestro pie dando de continuo en el mismo tronco, dejan la huella de nuestras primeras pesadumbres. Las pesadumbres que endurecen el corazón, y que nos descubren que la vida, aun la vida de los niños, no es cual éstos se la imaginan.

Ya de noche, oímos la voz estertórea

de doña Lola, la madre de Chavito que llamaba desde la escalera de nuestra azotea:

—¡María Sola! ¡María Sola! ¿Estás ahí?

La pobre mujer rodó, más que bajó, gorda y sin aliento, las escaleras. Mi madre y mis hermanas casi no llegaron a punto de recibirla en sus brazos. Venía la señora en traje de calle. Al ver que María Sola no acudía a sus voces, al enterarse, de boca de mi familia, que su hija no había parecido en toda aquella tarde por casa, se desplomó en el último escalón y sollozó dolorosamente.

—¡Mi hijal! ¡Mi hijal! ¡Ese canalla me la ha robado! ¡Me ha robado mi hijal!

No atendía a las preguntas ni a los consuelos de mi madre.

Mis hermanas subieron, en un vuelo, a la azotea. Y doña Dolores con resolución, increíble en su abatimiento espiritual, y con esfuerzo inesperado en su cuerpo voluminoso, se incorporó de golpe, me asió de la mano y me arrastró trás de ella.

—¡Vamos!

REMORDIMIENTO

No me atreví a negarme. La sorpresa, la curiosidad y sobre todo la zozobra y angustia de aquella mujer, acallaron mi repugnancia a inmiscuirme en aquella desaparición que era, para mí, una nueva y decisiva perfidia de María Sola.

Salimos a la calle, y tropezando y sin disculparnos con los transeuntes atropellados, nos colamos en el zaguán contiguo. A nuestras llamadas, no contestó una voz, no se encendió una luz. Así, a oscuras y en silencio, había encontrado la casa doña Dolores al regresar de una visita. La criada, un pingajo que se escapaba a la calle apenas la señora trasponía la cancela, continuaba ausente. Doña Lola encendió una palmatoria y desatinada, fuimos de habitación, en habitación buscando a Chavito. Yo le seguía despechado y triste, y mis ojos y mi corazón desconsolados iban de mesa en mesa con ansia y temor a hallar la carta que

las novias de entonces escribían a sus familias al escaparse con el novio o al huir para matarse... Al salir al patio trasero, el viento apagó la luz. Y a aquella claridad de relámpago, entrevimos el cuerpo de Chavito tendido en tierra. A doña Dolores se le cayó de la mano la palmatoria, y avanzó a tientas hacia su hija. Al tropezar con Chavito se arrojó clamante sobre ella.—¡Hijal ¡Hija de mi alma! ¡Háblame! ¡María Sola! ¡Hijal

Apoyé mi espalda en la pared; clavé en la pared mis uñas y, en un derrumbamiento total y horrible de mis miembros y de mi ánimo, me deslicé hasta quedarme sentado en el suelo, a la vera de mi compañerita sin ventura, caída al fondo del patio como una paloma herida. Rencores y despechos, todo se esfumó en mi alma. Solo quedaron en ella, cada vez más punzantes, como dos puñales que se abrían paso hacia lo más sensible de mis entrañas, la memoria del tirón del cordel de mi cometa con que el «Pírgano» me había expuesto una vez a matarme desde el mirador a la azotea y el remordimiento de que la carta de Chavito, ofrecida por mi la noche antes a la curiosi-

dad y al enojo del maldito, hubiese inspirado a éste, aquella venganza estúpida, menos perdonable que el zarpazo y la dentellada de una bestia.

—¡María Sola! ¡María Sola!

Tan evidente me pareció mi responsabilidad y tan grande fué mi contricción, que me desvanecí.

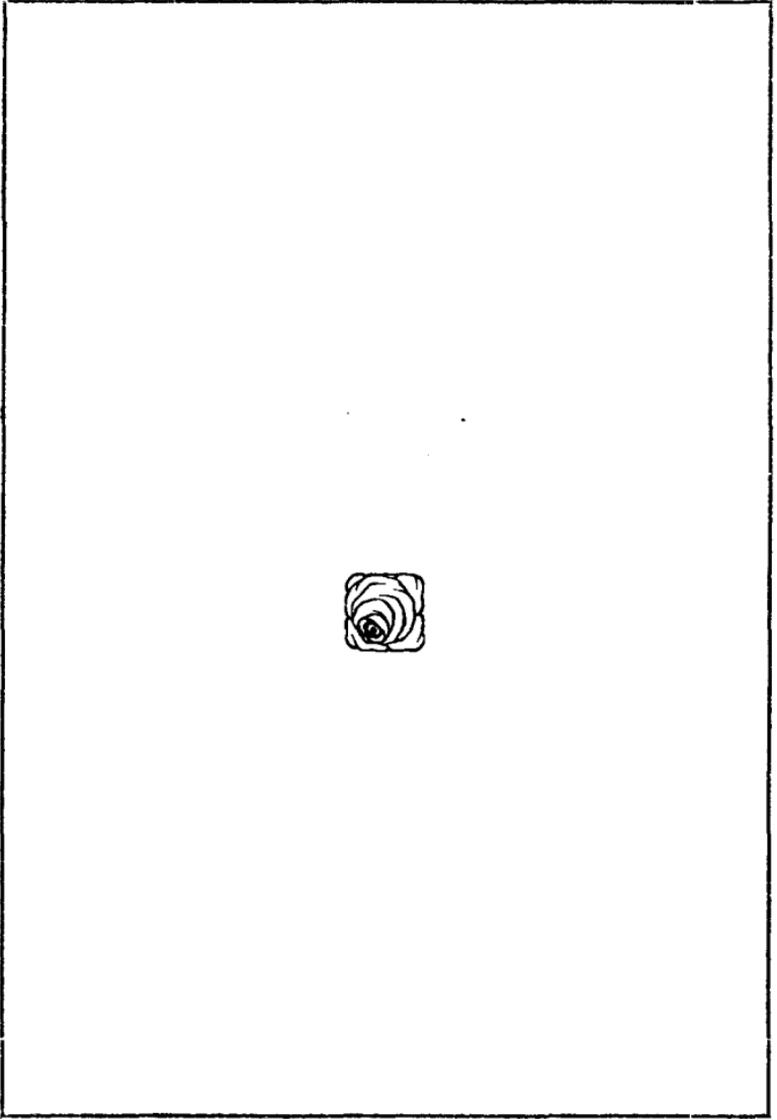
—¡María Sola! ¡María Sola!

Gritos de alegría me sacaron de mi desmayo.

—¡Vive! ¡Vive!—clamaba la pobre señora besando a su hija.

Y se equivocaba la infeliz: el hilo de una cometa, remontada en plena noche, a merced del viento duro, retenía y agitaba la mano de la muerta.

¡María Sola!



ÍNDICE

ENVÍO	7
Advertencia	9
Primeros recuerdos.	13
Juguetes.	17
Los sueños	23
Interior.	29
La escuela	35
Las azoteas	45
El abismo	47
El amor en carretón	51
Luna lunera	55
El «Pírgano»	61
El rival.	63
Calabazas	67
Las cometas	71
El amor en silencio	75
¿Tú también?	79
Angustia y revelación.	83
La caza del lagarto.	87
Oración	93
Perfidia	97
Remordimiento	99



ERRATAS

Pag.	Lin.	DONDE DICE	DEBE DECIR
9	4	Litetatura	Literatura
10	5	una alma	un alma
13	12	corredor	comedor
13	16	gravó	grabó
15	24	los grandes	las grandes
23	12	sé que	sé qué
25	22	el extremo	al extremo
25	23	tinieblas, juntos	tinieblas y juntos
29	19	esplicábamos	explicábamos
31	5	indudablente	indudablemente
31	19	deun botiquín,	de un botiquín,
34	1	mi mismo.	mí mismo.
35	10	persuasión,	persuasión,
37	8	diariariamente,	diariamente,
39	9	otra abriase	otra, abriase
39	24	díscipulas	discípulos
41	16	talento	talante
41	24	arrincornarnos	arrinconarnos
51	7	traslucida	traslúcida
51	19	cuellos farbalaes,	cuellos, falbalaes,
52	11	en mi.	en mí.
64	7	atanaceaba	atenaceaba
64	15	En otras	En otras,
67	1	¿Qué María Sola	¿Que María Sola
77	1	María Sola desayu- naba	María Sola se des- ayunaba
94	14	expontáneas	espontáneas



BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



489026

BIG 860-9 SAR que

